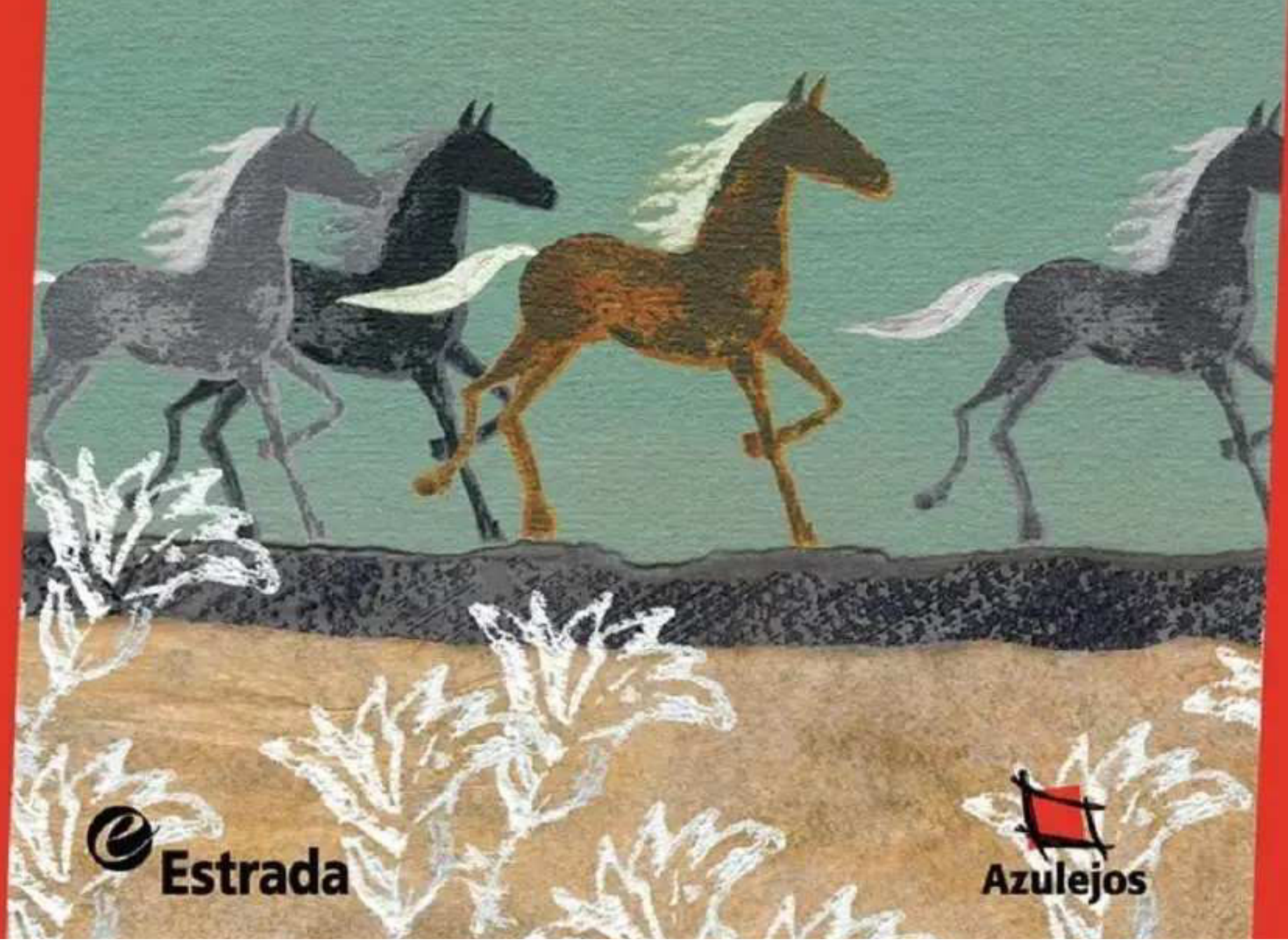
RODOLFO OTERO

El verano del potro



Estrada

Azulejos

BIO-
GRAFÍA

RODOLFO OTERO nació el 21 de diciembre de 1949, en Buenos Aires, donde sigue viviendo. Sus padres fueron un aviador y una maestra, lo que quizás explique su tendencia a volar (más que nada, con la imaginación) y su preocupación por los chicos.

Es abogado, pero dejó la profesión para dedicarse a sus tres pasiones: la literatura, el cine y la docencia.

Tiene publicadas las novelas *Milla Loncó* (Premio Robin Hood 1983), *La travesía* (Accésit al Premio Lazarillo 1983), *El secreto del torreón negro*, *Una de dos*, *Un viaje muy espacial*, *El camino de Santa Fe* y *La estrella peregrina*, que fue traducida al italiano. Su cuento *"El color que faltaba"* apareció en el libro *Piolín de barrilete*, que reúne relatos de varios autores. En la colección Azulejos ha publicado, también, sus novelas *Los paleolocos*, *El signo del sol I* y *El signo del sol II*.

Ganó dos concursos de guiones con las versiones originales de *La travesía* y *El verano del potro*, que fue llevada al cine con las actuaciones de Héctor Alterio y China Zorrilla.

Ha dirigido cortometrajes y videos educativos, y organizó talleres de cine en varias escuelas primarias y colegios secundarios. Fue jurado en festivales internacionales de cine para chicos.

La obra

El verano del potro es, básicamente, una novela breve sobre tres amigos que están creciendo: dos chicos y un potro. A lo largo de la novela, estos tres personajes aprenden, entre otras cosas, que la amistad implica compartir.

Entre las fuentes de inspiración de esta historia, hay lecturas (como, por ejemplo, el cuento "El potrillo ruano", de Benito Lynch) y algunas películas que hablan sobre chicos y caballos (como *Crin blanca*, de Albert Lamorisse). Sin embargo, el apoyo principal del argumento fue la vida misma. En particular, una serie de anécdotas de la infancia de mi padre y de mi tío, en un campo cercano a la localidad bonaerense de Trenque Lauquen. Estas anécdotas proveyeron materiales, como el final del capítulo 10, inspirado en un percance que sufrió mi tío cuando montaba su caballo favorito y que tuvo el mismo desenlace que el que aparece en la novela... O el pasaje en el que los animales se escapan al monte por una tranquera abierta.

La idea terminó de cerrarse cuando conocí la historia de dos chicos: uno de ellos, el hijo del dueño de un campo en Las Heras, y el otro, el hijo del capataz del mismo campo, que criaban terneros en sociedad. Cambiar los terneros por un potro era, claro, abrir más posibilidades a la aventura.

Dos de los personajes, Teresita y Felipe, llevan los nombres de los chicos que les sirvieron de modelo: Teresita Lladó, quien, a fines de la década del 70, condujo un programa infantil de

televisión, en cuya producción intervine; y Felipe Gallegos, el hermano menor de Lucio, que fue el punto de partida para el personaje de Daniel (es decir, el criador de terneros).

Desde su concepción, *El verano del potro* planteó una relación algo curiosa con el cine. Escribí la primera versión del relato como un guión, que tuvo la suerte de ganar un concurso del Instituto de Cinematografía. Siguiendo un proceso inverso al habitual (del libro al cine), adapté el guión a la forma de novela, lo que me permitió redondear mejor a los personajes y volver a explorar algunos capítulos para reescribirlos, en especial, el que tiene lugar en el monte de los aparecidos.

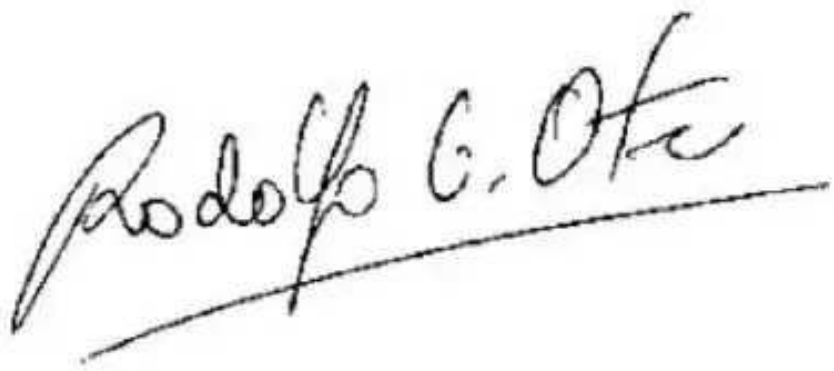
Andando el tiempo, el guión llegó nomás al cine, a partir de un encuentro bastante insólito por el lugar y la circunstancia. Estando en el festival de cine de Moscú, en 1985, donde formé parte del jurado de la sección infantil, en compañía del inolvidable Víctor Iturralde Rua, conocí a Rock Demers, productor canadiense de películas para chicos. Con Rock compartimos ideas y criterios y, como él estaba interesado en producir películas fuera de su país, le envié algunos argumentos. Y decidió realizar *El verano del potro*, que finalmente se concretó como una coproducción argentino-canadiense.

Si bien la versión definitiva es muy diferente de la novela, tiene el valor agregado de que se filmó en La Armonía, la misma estancia de Las Heras que había sido una de sus sedes imaginarias. Y en la producción intervinieron varias personas a las que me une un gran afecto: la familia Gallegos en pleno, Ana Bas (asistente de dirección y coguionista de varios proyectos en

los que trabajé), y un elenco de lujo, con grandes profesionales, como China Zorrilla, Héctor Alterio y Manolo Callau, y un grupo de chicos muy talentosos: Juan de Benedictis (a quien tuve como alumno en un taller de cine), Santiago González, Mariano Bertolini y Alexandra London-Thompson.

Entre las personas vinculadas a la novela, no quiero olvidar a María Hortensia Lacau, la primera que creyó en ella y le hizo un lugar en la colección El altillo, de la editorial Plus Ultra.

El verano del potro es un libro al que debo muchas satisfacciones... Tal vez la mayor haya sido la anécdota que me confió, hace tiempo, una maestra de una escuela de Bahía Blanca. Un año, le había tocado estar a cargo de un grado muy desunido. La lectura de la novela había sido el punto de partida para la reconciliación entre los chicos. No puedo pensar en una devolución mejor para la lectura de *El verano del potro*.



1

Si no hubiera sido por el alazán[1], aquel verano se habría parecido mucho a todos los demás. La cosecha, el campo amarilleando, los panaderos flotando en el viento norte, el canto de las chicharras a la siesta cuando aprieta el sol, el agua fresca del arroyo para ablandar el calor de la tarde.

Todo eso estaba, siempre había estado. Para Daniel, Teresita y Felipe, era una maravilla volver y descubrirlo.

Para Martín, era su mundo. El mundo estrecho, pero lleno, de un muchacho de campo. Iba a quedarle angosto cuando creciera, pero por ahora no quería nada más. A veces, los tres porteñitos, encerrados con los deberes en su departamento, pensaban en él y lo envidiaban: no veían la hora de ir al campo del abuelo a buscar la libertad ilimitada del aire y el horizonte infinito.

Iba a ser un verano magnífico, como siempre. Pero este fue distinto. Tal vez, porque Daniel y Martín habían llegado a los trece y es una edad difícil, dicen los mayores. Tal vez...

En realidad, fue distinto gracias al alazán.

---

1 Caballo con pelaje de matiz rubio, formado por la mezcla de pelos amarillos y colorados.

| 2

Todo empezó en noviembre, el cumpleaños de Martín. "Ya sos grande", le dijo el patrón. "Podés elegir un pingo de la estancia para que sea tuyo. El que más te guste...".

Y Martín miró y remiró todos los potros. Había un zaino[2] malacara[3] que le gustaba, pero era muy arisco y lo miraba fiero. Después estaba el potrillo tobiano[4]... Tampoco, todavía no había cumplido dos años, y Martín no quería esperar.

Hasta que una tarde, al final de la primavera, fue a ver la manada de criollos[5]. Aquellos criados a campo, casi como baguales[6]. Y allí, entre los gateados[7], parejitos, todos de un pelo, linda estampa de caballitos criollos, allí lo encontró.

El alazán.

Un alazán de crines blancas, un poco más esbelto que los demás, tal vez mucha alzada[8] para un criollo, pero ¡qué linda pinta! Las crines largas, medio "caidas" sobre los ojos, como el mechón de un chico travieso. Sabía galopar, también. ¡Y la manera como se paraba, bien erguido! Tenía presencia, diría

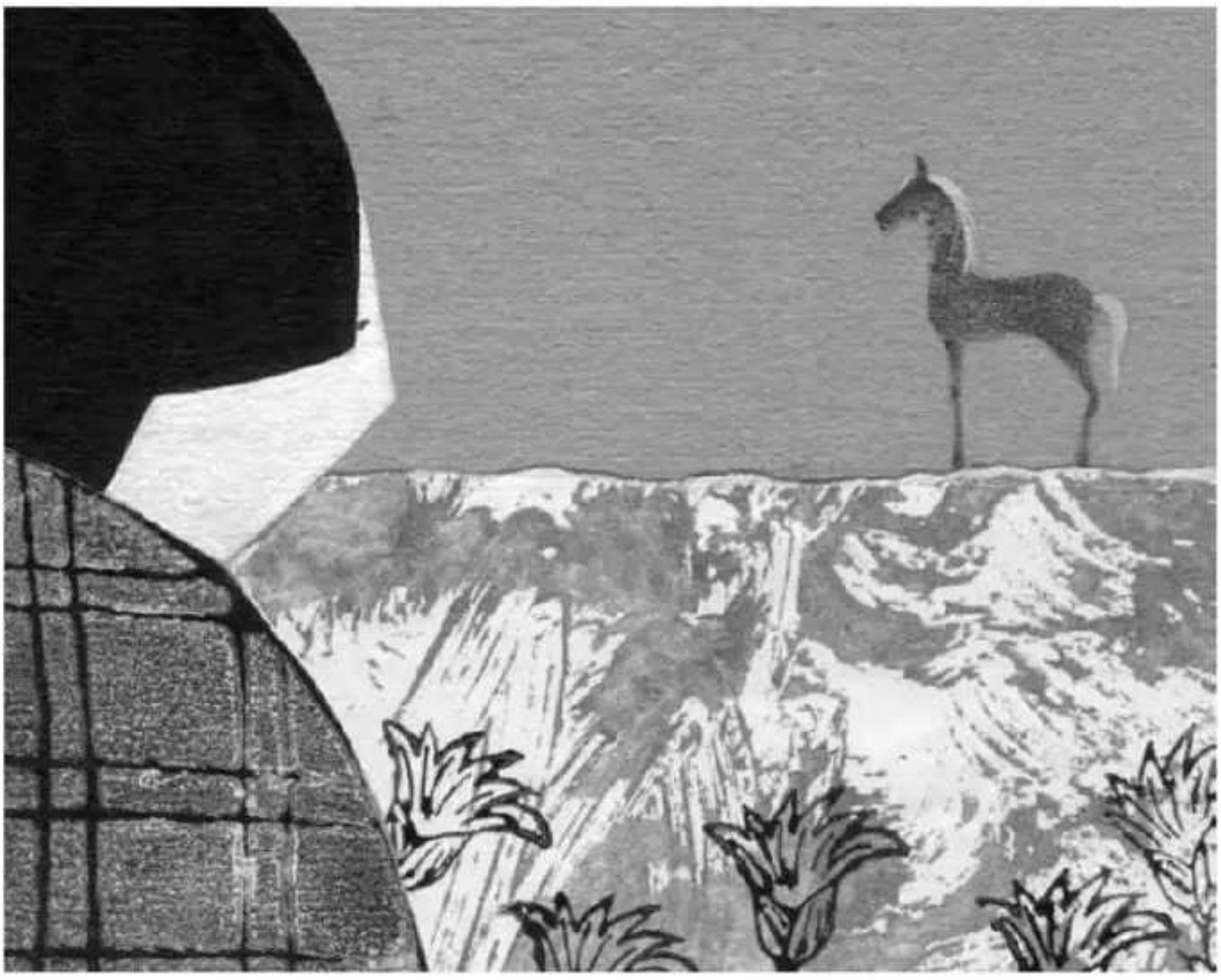
---

2 Caballo con pelaje de color entre colorado y oscuro.
3 Caballo que tiene pelaje blanco en la mayor parte de la superficie anterior de la cabeza.
4 Caballo de pelaje formado por dos colores, que se distribuyen en grandes manchas, bien definidas.
5 Animales que descienden de los traídos por los españoles.
6 Caballos salvajes.
7 Caballo de pelaje oscuro con rayas pardas.
8 Altura del caballo.

su tata[9]. Pero lo mejor de todo era esa mirada pícara que parecía decirle a uno que ahí había un compinche, un compañero, un amigo.

Desde que lo vio, Martín se las arreglaba para que cada trabajo, cada encargo, lo llevaran al cuadro[10] de los criollos.

Pasaba largos minutos contemplándolo en el mullido recado[11] sobre la yegua overa[12]; o echado en el pasto, escondido en el monte de eucaliptos.



9 Forma afectuosa, proveniente del quichua, que se usa en el campo para referirse al padre o al abuelo. También se emplea el diminutivo "tatita".
10 Potrero, terreno cercado donde se guardan los animales.
11 Montura criolla, es un conjunto de elementos para ensillar el caballo.
12 Caballo o vacuno de pelaje blanco con manchas de cualquier otro color.

Ese iba a ser su caballo, sí, señor. Lo iba a amansar de abajo, a lo indio, sacándole las cosquillas[13]. Sería el gaucho mejor montado del partido.

Pero no se animaba a pedirlo. Los criollos eran el orgullo del patrón, quién sabe si lo permitiría. Claro que los padres de Martín eran algo más que empleados. Prácticamente, se habían criado allí y, para el patrón y su señora, eran como de la familia. Así que el chico tenía esperanzas. Tal vez, si empezara a amansarlo en secreto, el patrón se lo dejaría... Pero pasaba el tiempo, y Martín no llegaba a decidirse.

Llegó enero. Y con enero, los nietos del patrón, como todos los años.

Daniel, Teresita y Felipe, un año de diferencia entre sí: tres terremotos rubios que venían a llenarse de campo.

Para Martín, su llegada era una fiesta. Compartía sus juegos y aventuras, sobre todo con Daniel, de su misma edad. Daniel estaba siempre en movimiento y tenía una inventiva inagotable para crear diversiones... y meterse en líos. Como aquel verano en el que construyeron la casa-árbol, con sogas para treparse y una plataforma que subía y bajaba. Lástima que Daniel se cayó, se quebró una muñeca; y la abuela vetó la casa para siempre. En el viejo aguaribay, solo habían quedado unas cuantas maderas y chapas.

O esa vez cuando vino a pasar el día ese primo pueblero de los chicos, que creía saber de todo. Se había reído de la ropa vieja y de la manera de hablar del peoncito. Daniel lo miró

---

13 Los indígenas amansaban a los caballos con paciencia, respetando las costumbres del animal salvaje. Los gauchos, en cambio, amansan al animal con rigor, desde el primer momento.

con expresión torva[14]. Cuando lo invitó a dar una vuelta a caballo, le encajó al Jubilao, un matungo[15] viejo que corría como loco en cuanto uno le daba una palmada... Pobre primo... Cuando, por fin, Daniel tomó las riendas y lo frenó, estaba blanco como papel y como para no sentarse en una semana.

Martín siempre esperaba a Daniel y a sus hermanos con impaciencia. Prometían compañía, juegos nuevos, noches de peludear[16], escondidas, carreras a caballo. No imaginaba que pronto iba a lamentar la presencia de su amigo en el campo.

---

14 Mirada espantosa, airada.
15 Caballo que ya no se usa, por ser demasiado viejo.
16 Salir a cazar peludos, generalmente de noche, en el campo. El peludo es un quirquincho de tamaño mediano. Su carne es apetitosa.

| 3

Esa mañana, como todos los días, Martín fue a ver la manada. Llegó hasta el monte, se apeó[17], maneó[18] al caballo y se acercó sigilosamente a un cardal. Desde ahí, echado en el suelo sin hacer el menor ruido, casi sin respirar, Martín lo buscó con la vista.

Ahí estaba. El más guapo, el más lindo, el mejor de la estancia. El alazán, su alazán, separado de los otros.

De pronto, Martín vio que el potro medio miraba para el lado de él. Y no se espantaba, no. Tal vez, sentía curiosidad... El chico se inclinó hacia adelante, apenitas. El potro dio un paso hacia él, como dudando.

Y en eso... un chajá[19] gritó.

El potro inmediatamente volvió grupas[20] y se reunió con la manada.

Martín, contrariado, se puso de pie. Pucha, si lo había tenido ahicito, nomás.

El grito se repitió.

Pero... Eso no era un chajá.

---

17 Desmontar, bajarse del caballo.

18 Sujetar las patas o las manos de los animales con la manea para que no se escapen. La manea es una cinta de cuero, con un ojal en cada extremo, que se prende con un botón.

19 Ave zancuda, corpulenta, semejante al pavo. Construye su nido en el suelo. Vive en pareja y custodia su nido, tanto de día como de noche; grita al oír el menor ruido. Por eso, se lo llama "centinela del campo".

20 Volvió atrás, retrocedió.

Martín miró a su alrededor y vio otro caballo grande, el Oscuro, maneado fuera del monte. Pero ¡claro... ! ¡Si habían practicado ese juego muchas veces!

—¿Daniel?

Silencio.

Martín recorrió el bosque con la vista, tratando de descubrir el escondite de su amigo, saboreando el placer de la cacería...

Algo se movió detrás de un arbusto.

Martín corrió a ver... Nadie.

—¡Daniel! ¿Sos vos?

No hubo respuesta.

Martín comenzó a preocuparse. ¿Sería Daniel o... ?

Trató de escudriñar las copas de los árboles. Nada. Salvo un benteveo, que le gritó "bicho feo" y salió volando.

De repente...

Alguien cayó sobre Martín.

Con un rápido movimiento, el criollito se sacudió de su atacante y se preparó a enfrentarlo, los puños cerrados.

Y entonces pasó, en un segundo, de la sorpresa a la sonrisa.

—¡Daniel!

Sí. Ese "indio" rubio y pecoso que se frotaba la cabeza, golpeada contra un eucalipto, pero más dura que el tronco, era su amigo del alma, Daniel.

El chico porteño fue a su encuentro riendo. Se palmearon los brazos.

—¡Si serás maleta! —dijo el rubio—. ¡Flor de julepe te pegaste!

—Salí, si yo sabía qu'eras vos.

—Andá, si te frunciste todo.

—Y, un poco... Andamos cerca del monte de los aparecidos, ¿sabés?

Daniel lo miró, toda la cara una sonrisa.

—¿Qué andabas haciendo por acá, tan lejos?

—Vine a ver la manada.

—¡Ah, los criollos! —Daniel ojeó los pingos con interés—. Ojalá que tatita no los venda. ¡Son bárbaros!

—¡Sí! —dijo Martín, entusiasmado. Y empezó a agregar, tímidamente—: Porque yo...

—¡Te corro una carrera hasta las casas! —lo desafió Daniel, interrumpiéndolo sin darse cuenta.

—¡Dale!

Los dos salieron corriendo hacia los caballos, y Martín olvidó revelar su secreto.

Arrancaron, meta talonear[21], ganándole al viento que los empujaba, levantando polvo y asustando perdices. De lejos vieron al abuelo y a Felipe que los saludaban desde el trigal, y a Sebastián Funes, el tata de Martín, en su colorado.

Pasaron junto al monte de álamos, dejaron atrás los durazneros, rodearon el viejo molino y enfilaron hacia "las casas", alborotando a los perros que jugaban con Teresita en el jardín.

Sin hacerles caso, Daniel y Martín desmontaron de un salto y corrieron empujándose hasta la puerta de la cocina para tocarla los dos al mismo tiempo.

—¡Gané yo!

---

21 Incitar al caballo golpeándolo en los costados con los talones.

—¡No! ¡Yo gané!

—¡Empataron! —rió Teresita, el pelo al viento, rodeada otra vez por los perros que la adoraban. Había unos cuantos en la estancia, pero cuatro la seguían por donde fuera: Capitán, un pastor alemán grande y noble; Duquesa, la vieja collie, una niñera con mucha experiencia; Cacique, un galgo pampa, amarillo y flaco; y Pichi, un basset, petisito, pachorriento y tristón.

Daniel entró en la cocina como un tornado y arrastró a Martín y a Teresita en la turbulencia. Martín apenas tuvo tiempo de saludar a la chica. Siempre había sentido una mezcla de cariño y respeto por ella... Esta vez, al verla, sintió algo más, algo parecido a la vergüenza y que, sin embargo, le gustaba.

Ni bien entró, Daniel robó un pedazo de galleta, abrió la olla de la abuela y lo mojó en la salsa.

—¡No toque eso! —lo reprendió la abuela, fingiendo enojo. Daniel sabía que no iba en serio, así que comió la galleta y preguntó:

—¿Falta?

—Como veinte minutos.

—¡Bien! ¡Vamos, chicos! ¡A jinetear terneros!

El torbellino volvió a salir con su estela, golpeando la puerta antes de que la abuela alcanzara a gritarles que no lo hicieran.

"Y sin embargo", pensó la abuela, "mejor así. Prefiero una puerta desvencijada y el ruido de mis nietos durante enero, al orden y el silencio del resto del año".

Eran una ráfaga de pampero[22] en una tarde calurosa. Venían, pasaban rápidamente y se iban, pero antes se llevaban la monotonía y la tranquilidad para dejar una frescura que duraba meses.

Esa frescura era una vieja amistad del abuelo, que ahora rodeaba con Felipe un monte, cerca de un bañado.

Todos sus nietos habían heredado su amor por la naturaleza. En Daniel, era gusto por la libertad, por la vida salvaje, emociones y aventuras. En Teresita, el placer ante la caricia del viento, el color de flores o mariposas, la sensación leve del rocío en la palma de la mano o el pie descalzo.

Pero en Felipe, era algo más: él compartía con su abuelo un sentimiento místico, casi religioso. La certeza profunda de que todo lo vivo es sagrado y está vinculado entre sí. Por eso el abuelo disfrutaba especialmente sus largas caminatas con el nieto menor, enseñándole a descubrir la vida oculta a cada paso, latiendo en una brizna de pasto; en el verde intenso de hojas atravesadas por rayos de sol; en los senderos minúsculos de las hormigas; en una garza blanca que, sin previo aviso, remonta el vuelo detrás de un juncal y regala la increíble visión de sus plumas a contraluz, como las alas de un ángel.

Felipe no se cansaba de mirar y admirar. El campo era para él un mundo encantado, que se recorría saltando, a la carrera, trepando a los árboles y rodando por el pasto.

Todo lo vivo lo atraía: ahora había aprendido a distinguir los pájaros en el follaje, a reconocer sus cantos, a interpretar los sonidos de la naturaleza.

---

22 Viento fuerte, frío y seco, que sopla en dirección sudoeste, en la pampa; generalmente, disipa las tormentas.

Como el que, en ese preciso momento, le llamaba la atención: un aleteo desesperado más allá de un cardal.

—¡Tatita! —avisó, corriendo a ver.

Una calandria. Felipe la alzó con cuidado, temiendo dañarla.

El abuelo la examinó.

—Veamos... Tiene un ala rota. Esto se puede solucionar en casa.

Se pusieron en marcha. Felipe llevaba cuidadosamente al pájaro herido, la mano del abuelo en su hombro.

—Felipe —dijo el abuelo—, la naturaleza es a veces alegre, a veces trágica, incluso cruel. Pero, hasta en las criaturas más humildes, encierra una belleza presente para todo el que la sepa apreciar. Hay que tener ojos, oídos y amor para comprenderla. Y vos los tenés. "Una cualidad que no es universal ni es común", como dijo un amigo nuestro, allá lejos y hace tiempo.

Felipe miró al abuelo con los ojos brillantes de quien comparte un secreto.

—¡Guillermo Hudson![23]

—Guillermo Hudson... —repitió el abuelo.

Una campana los llamó desde la casa.

Y el abuelo, como un capitán de barco, fue guiando a Felipe a través de un ondulante mar de espigas amarillas.

---

23 Escritor y naturalista argentino (1841-1922), gran estudioso de la naturaleza. A partir de 1874, se instaló en Gran Bretaña. Escribió, en inglés, numerosas obras literarias y científicas, entre las que se destacan la novela *Allá lejos y hace tiempo*, y el estudio ornitológico *Aves del Plata*.

| 4

Daniel, Teresita y Felipe habían pasado de curso sin llevarse una sola materia. Y el abuelo les tenía prometido un regalo a cada uno, pero todavía no había dicho una sola palabra sobre el asunto. Los chicos suponían que iba a sacar el tema durante el almuerzo, pero... ¡nada! Ya iban por el segundo plato de carbonada[24] criolla, especialidad de la abuela, y seguía hablando del tiempo, el campo, historias de animales, cualquier cosa menos lo que querían oír.

—Decile vos, Tere... —dijo Daniel en voz baja.

—¿Por qué yo?

—A vos siempre te hace caso, sos la única mujer —insistió Felipe.

Martín, invitado por los chicos, los miraba intrigado. Por fin, Teresita dio un suspiro de resignación y se dirigió al abuelo con su voz más dulce:

—Tatita... Vos sabés que los tres pasamos de grado...

—Ajá —dijo el abuelo haciéndose el desentendido—. Y con buenas notas, además.

—Bueno, yo tuve algún siete —confesó Daniel.

—Decí, mejor, alguna arriba de siete —apuntó Felipe.

---

24 Plato criollo. Es un guiso con trozos de carne, choclo, zapallo, papa, batata y arroz, sazonado con sal y pimentón. A veces contiene durazno u otra fruta.

Todos rieron. Teresita aprovechó para volver a la carga.

—Y... ¿eso no te recuerda nada, tatita?

El abuelo cambió una mirada divertida con la abuela.

—A ver... —dijo, como si le costara muchísimo hacer memoria—. No sé... ¿Dije algo? ¡Ah, sí! Creo que me acuerdo... —y, enseguida, con un guiño—: lo prometido es deuda.

—¿Qué es, abuelo, qué es? —saltaron los chicos.

—Tranquilos. Las damas, primero.

Teresita miró a los varones con satisfacción.

—¿Te acordás de la yegua negra, la Felisa? —le dijo el abuelo—. Está por tener cría.

—¡Ya sé! —exclamó Tere—. ¡Me vas a regalar el potrillo!

—Sí, señorita.

—¡Gracias, tatita, muchas gracias!

Los dos hermanos esperaron.

—Ahora, Felipe.

Claro, pensó Daniel, como es el más chico...

—Tu sorpresa nos está esperando por ahí afuera —siguió el abuelo—. ¿Querés que te la diga o preferís verla vos mismo?

Felipe lo meditó un momento.

—Prefiero esperar.

Ahora me toca a mí, se dijo Daniel, ¡por fin!

Pero, con toda premeditación y alevosía, el abuelo comió algo y tomó un sorbo de vino como si no tuviera más que decir.

—¿Y... el mío? —preguntó Daniel, saliéndose de la vaina.

El abuelo empezó a hablar sin mirarlo.

—Vos siempre decís que estás harto de andar en matungos o en petisos bichocos[25]...

La cara de Daniel se iluminó con anticipación. Por el mismo motivo, una sombra de preocupación cruzó la mirada de Martín.

El abuelo miró a Daniel a los ojos.

—Voy a dejar que elijas un potro de la manada de criollos.

—¡Bieeeen! —gritó Daniel, y dio un salto que casi hace volar el plato de Felipe—. ¡Vamos a verlos!

—Antes, terminá de comer —ordenó la abuela.

—¡Sí, sí, ya termino! —Daniel casi se acaba el postre de un bocado.

—Primero, tengo que ocuparme de un paciente —anunció el abuelo.

Martín, de pronto, empezó a sentirse mal.

Los cuatro chicos siguieron al abuelo hasta una matera, una pequeña cabaña de adobe donde dormían dos mascotas de Felipe: Margarito, un zorrino operado; y Pirulo, un peludo vagabundo.

Sobre una mesita, el abuelo entablilló el ala de la calandria ante los ojos atentos de los chicos. Aseguró que pronto estaría en condiciones de volar.

—Bueno, chicos, a ver los criollos. Y el regalo de Felipe.

Teresita y Felipe salieron enseguida tras el abuelo. Daniel y Martín se quedaron a poner el pájaro en una gran jaula vacía.

---

25 Caballo que, por vejez, inacción o enfermedad, tiene dificultades para mover las patas.

—¡Listo! ¡Vení, Martín!

—Tengo que hacer —respondió Martín casi sin mirarlo. Y se fue, caminando rápido.

Su inesperada brusquedad sorprendió a Daniel. Andá a saber qué le pasa, Martín es difícil de entender a veces... En fin, decidió no darle importancia y corrió en pos de sus hermanos y abuelo.

| 5

Fue una cabalgata entretenida: cruzaron el campo al trote largo, y una ola de vida les salió al encuentro. Bochinche de teros; deben tener el nido cerca, observó Daniel. Las orejas de una liebre disimuladas tras una cortadera[26]. Una pareja de chajaes, siempre juntos. La "V" negra de una bandada de cuervos de agua. Una tijereta corriendo a un chimango; más allá, una vaca comiendo una flor de cardo sin pincharse; y sobre un poste, una lechucita que los miraba pasar gravemente girando la cabeza. Y también panaderos, alguaciles, reverberando al sol. Mariposas chicas revoloteando entre flores del campo, puntos amarillos en el verde inmenso. Todos los seres grandes y pequeños...

En el camino, traspusieron una tranquera. El abuelo mandó a Felipe a cerrarla.

El chico desmontó, la aseguró bien y, al darse vuelta... se detuvo, encantado.

Porque, caminando hacia él, con un trotecito despreocupado, venía el cordero guacho[27] con la más completa facha de atorrante que había visto.

---

26 Paja silvestre, de hojas largas, aplanadas y con mucho filo, que tiene un penacho blanco-amarillento.

27 Palabra tomada del quichua "huachu" (ilegítimo) y "huaccha" (huérfano); se aplica al animal joven (ternero, potrillo y, especialmente, cordero) que perdió a su madre y se crió entre las personas, que le dieron leche y lo mimaron.

El cordero se paró. Amagó un movimiento arisco, como para disparar. En cambio, como si lo hubiera pensado mejor, corrió hacia Felipe. Fue un caso de amor a primera vista.

El muchachito lo alzó y se volvió hacia el abuelo, radiante.

—¿Es mi sorpresa?

—Todo suyo, don Felipe —sonrió el abuelo.

—Lo voy a llamar Perico —comentó Felipe y, al montar, acomodó al corderito en la silla delante de él, como un cojinillo[28] extra.

Más adelante, pasaron cerca de un monte, que ya a la distancia impresionaba por su tamaño y oscuridad.

—¿Qué es eso, abuelo? —preguntó Teresita—. Nunca anduve por acá.

—Eso es el monte de los aparecidos.

—Así que ese es el famoso monte... —dijo Daniel, entornando los ojos.

El monte de los aparecidos. Un extraño bosque en el que alternaban viejas acacias y grandes sauces colorados de troncos carcomidos por el tiempo, el fuego y las lluvias. Aquí y allá, arbolitos achaparrados de ramas retorcidas y un permanente vaho a ras del suelo justificaban su nombre fantasmal.

Y había algo más. Si uno miraba con atención, las podía detectar, entreveradas con troncos y matorrales.

Ruinas.

Alguna vez, alguien había vivido allí.

—¡Qué lugar más tétrico! —comentó Teresita.

---

28 Parte de la montura que ofrece mayor blandura al asiento del jinete. Generalmente, es una manta de lana.

—Tiene su historia —apuntó misteriosamente el abuelo.

—¡Contala! —pidió Felipe.

—¿Qué les parece esta noche, al lado del fogón?

—¡Bueno!

—¡Bárbaro!

—¡Genial!

Mientras se alejaban, Teresita y Daniel echaron otro vistazo al monte.

—Yo no entraría ahí ni aunque me pagaran —dijo ella—. Y sin embargo... es como si...

—Como si te atrajera, ¿no? —repuso Daniel.

Ella asintió. El chico agregó:

—Me gustaría explorarlo.

Enseguida alcanzaron al abuelo y a Felipe con un galope corto. Y, casi sin darse cuenta, llegaron. ¡Ahí estaban los criollos!

—El que más te guste, Daniel —invitó el abuelo.

El muchachito se paró en los estribos, excitado.

—No sé con cuál quedarme. ¡Son todos lindísimos!

Empezó a comérselos con los ojos. Miró, volvió a mirar... y eligió.

6

—¡De fijo[29] el alazán, tata! ¡Es el más lindo, el más guapo!

Sebastián miró a su hijo con una dureza que escondía afecto.

—No se apure, m'hijo. Entuavía[30] no se entera de cuál va'elegir el Daniel. Además usté sabe que puede quedarse con cualquier otro pingo'e la estancia, así que no se haga problema por ese potro[31].

—Pero no hay otro como ese... Y el patrón me dijo...

—Ya sé lo que dijo. Pero no tendría que haber apuntao tan alto, m'hijo. Esos fletes no son pa los piones: si no se nace pal'cielo, al ñudo es mirar p'arriba. Si Daniel se queda con ese, apechugue, olvidesé y busquesé otro.

Sebastián hubiera querido confortarlo un poco, ponerle una mano en el hombro o decirle algo que lo consolara. Pero se contuvo. Martín ya era casi un hombre.

—No es justo... —dijo el chico en voz baja, como para sí.

—¿Qué dice? —preguntó su padre.

Martín lo miró fijo.

—¡Que no es justo! —casi gritó, antes de salir corriendo.

---

29 Seguramente (habla rural).

30 Todavía (habla rural).

31 Caballo que, aún, no fue domado.

Martín pasó el resto de la tarde tratando de distraerse, pero, a cada paso, lo acechaban sus pensamientos. Después de todo, el patrón le había prometido un potro, ¿no? ¡Si se hubiera animado a hablar! Y al final, ¿para qué preocuparse antes de tiempo? A lo mejor, Daniel había elegido uno de los gateados. El malacara picazo[32] podía gustarle. A Daniel, siempre le habían gustado los gateados malacara... Pero el alazán... No, si en cuantito lo viera... ¡No lo conocía él, al Daniel!

Y Martín pateaba terrones, arrancaba corteza de eucalipto, finalmente se ponía a trenzar un lazo para hacer algo, para no torturarse... ¿Y si no lo vio? En una de esas, se separó de la manada. Quizá, los otros lo habían tapado... Trenzá, no pensés...

De pronto, Martín oyó las voces de los chicos. Ya de vuelta... ¿Qué habría pasado? ¿Qué habría pasado, Dios mío? El nudo en el estómago del peoncito se apretó más y más.

Los chicos no tardaron en llegar, en traje de baño, y lo invitaron con ellos al tanque australiano sin parar de correr.

Martín dejó todo y, desabrochándose la camisa, fue a cambiarse.

Por un ratito casi se olvidó, o pretendió olvidarse. Jugando a quién aguantaba más debajo del agua, zambulléndose, luchando con Daniel, haciendo guerras de caballitos... Hasta que Daniel salió, chorreando, a tomar el sol suave de la tardecita, tendido como un lagarto. Martín se sentó a su lado.

---

32 Caballo de pelaje oscuro, con las patas blancas, en la mitad inferior.

Sintió que había llegado el momento de preguntar aquello que lo quemaba.

—¿Y? ¿Viste los potros?

—¡Sí, claro! ¡Me olvidé de contarte! ¡Son fantásticos! Ese malacara puede llegar a gran campeón en la Rural, por ejemplo.

Una chispa de esperanza alumbró a Martín.

—Y... ¿cuál elegiste?

—¡El alazán, por supuesto! ¡Es el mejor, el más gauchito! ¡Lo voy a amansar de abajo, como los indios! ¡Quiero que se haga amigo mío, que me responda mejor que ninguno!

Martín no pudo soportar más. Repentinamente, saltó al suelo y corrió rumbo al rancho.

Felipe y Teresita se acercaron a Daniel, sorprendidos.

—¿Qué le habrá picado? —dijo Felipe.

—No sé... —repuso Daniel—, pero lo voy a averiguar.

Cuando llegó al rancho de los Funes, se encontró con Sebastián y con Carmen, su mujer. Tomaban mate afuera, disfrutando de la "fresca"[33]. Un poco cortado al no ver a Martín, saludó:

—Buenas...

—¡Tardes! —respondió Carmen—. ¿Querés un mate, Danielito?

El chico se dio cuenta de que Sebastián y Carmen querían hablarle, y aceptó.

—¿Y Martín?

---

33 Hora en la que comienza a ponerse el sol, y el aire se refresca.

—Está adentro.

—Martín anda... no sé... —dijo el chico entre sorbo y sorbo—. Anda medio raro hoy... ¿Ustedes saben qué le pasa?

—¿Qué potro elegiste, Daniel?

—El alazán. ¿Por... ?

—El año pasado, tu abuelo le prometió un potro a Martín. Y andaba queriendo ese, pero no había largao prenda[34] hasta hoy.

—¡Ah, ahora entiendo! —Daniel los miró, dudando—. Entonces yo... yo no tengo derecho...

—No, Daniel —dijo el capataz—. Quedateló. Él conoce bien qu'esos caballos no son pa los piones. Y tu abuelo no sabe nada del asunto, así que no se lo digás.

—Pero ¿por qué? Él se lo prometió a Martín antes.

—Justamente por eso, Daniel. Tu abuelo se lo dejaría a él. Y no corresponde: él crió esa manada pa vos.

Carmen se acercó a Daniel.

—¿Sabés por qué te decimos esto? Cuando el Martín era un bebé, estuvo muy enfermo. Se nos moría, y tu abuelo nos lo salvó. ¿Entendés ahora?

Sí, Daniel entendía. Pero no sabía qué decir. Estaba conmovido, confuso; las ideas y los sentimientos iban y venían en su interior. Por fin, sumó todo como pudo y tomó una resolución.

—Sebastián... ¿puedo pasar? Me gustaría arreglar esto con Martín.

—¿De hombre a hombre? —preguntó el capataz, con un asomo de sonrisa, pero seriamente.

---

34 No había dicho nada (habla rural).

—Algo así... —dijo el chico.

—Pasá... —ofreció Sebastián, simplemente.

Daniel no pudo ver la mirada de los Funes cuando entró en el rancho. Habría visto cariño y cierto orgullo, como si fuera de ellos.

El sol bajo daba directamente sobre Martín, echado en la cama, cara a la pared. Daniel, descalzo, no hizo ruido al entrar. Se quedó apoyado en el marco de la puerta.

Comparó la piecita humilde de su amigo, pequeña, pelada, con su cuarto de Buenos Aires: sus libros, sus pósters, sus modelos de aviones. Y se sintió cohibido, algo avergonzado. Pero había venido a hablar.

—Martín...

El criollito se volvió. Trató de disimular que había estado llorando; los ojos enrojecidos lo delataban.

Daniel se sentó en la cama.

—Martín, yo no sabía que vos querías el alazán.

Martín lo miró amargamente.

—¿Y eso qué importa? Sos el nieto'el patrón...

—¡Eso no tiene nada que ver! —protestó Daniel, indignado. Y añadió, con dificultad—: Yo... Yo te lo dejo.

Le costaron mucho esas palabras. La magia del alazán también lo había cautivado, y no quería renunciar a él. Pero sentía que su amigo lo merecía más.

Claro que Martín tenía su orgullo, su dignidad de muchacho de campo. Y entendía lo que significaba el potro para cualquiera de los dos.

—No tenés que hacerme favores —dijo, casi con violencia—. El potro es tuyo... Ya me conseguiré otro...

Y se volvió hacia la pared. Pero la conversación no había terminado para Daniel.

—Esperá... Esperá un momento... ¡Martín, sos un salame!

Martín se dio vuelta entre ofendido e intrigado.

—¡Y yo otro! —siguió Daniel—. ¿Cómo no me avivé antes? El alazán no va a ser mío ni tuyo... Va a ser... ¡NUESTRO!

Ahora Martín ya no entendía ni jota.

—¿Cómo?

—Muy fácil... Cuando terminen las vacaciones, yo me vuelvo a Buenos Aires, ¿verdad? No me voy a llevar el potro. Alguien tiene que cuidarlo y tratarlo bien... Y mientras esté acá, no lo voy a montar todos los días. Así que te propongo un trato: ¡lo amansamos entre los dos! Vos sos más baquiano[35], yo solo no sé si voy a poder. Cuando esté domado, lo montamos un día cada uno. Y durante el año, es tuyo los días de semana y mío cuando venga al campo. ¿Qué te parece?

Martín dudaba. La oferta le gustaba, pero...

—No sé... ¿Dos gauchos y un solo caballo? Nunca se vio...

—¡Que se vea! ¿Para qué somos amigos?

Y... después de todo... Era mejor así, mucho mejor... Y había tanta franqueza en la sonrisa y en la mano tendida de Daniel... ¿Por qué no?

Martín apretó bien fuerte la mano del rubio. Y le devolvió la sonrisa.

El alazán sería de los dos.

---

35 Hombre del lugar, que conoce el terreno palmo a palmo y sirve de guía a los viajeros. En general, se aplica al que tiene práctica o destreza en algo. Se dice, también, "baqueano".

7

Era una de esas noches pampeanas en que las estrellas casi se pueden contar. No hacía frío ni calor; noche de serenata de grillos y ranas, y a veces una cigarra, de golpe, como una matraca.

Y era también una noche para hacer planes e imaginar sueños.

Junto al fogón, los abuelos, los Funes, Felipe y Teresita se llenaban de estrellas, grillos y luna en las palabras de Martín y Daniel.

—¡Va a ser el mejor caballo del partido! —decía Daniel.

—Así que lo piensan amansar ustedes solos... —comentó el abuelo, chupando su pipa, la boca seria, los ojos burlones.

—¡Sí, es lo mejor! —siguió Daniel—. De abajo, como me contaste que hacían los indios.

—Mañana viene el domador —intervino Sebastián—. ¿No quieren dejárselo a él?

—¡Por favor! ¡Nosotros podemos! —dijo Martín, muy seguro.

—Allá ustedes... —Sebastián se encogió de hombros.

—Mientras no se rompan algún hueso... —dijo Carmen.

—No ha de ser la cabeza, con seguridad —agregó la abuela.

—Sin embargo, creo que los chicos tienen razón. Los indios dependían de sus caballos para todo y, por algo, los enseñaban así...

Martín y Daniel recibieron con satisfacción el comentario del abuelo.

Teresita desvió la conversación.

—Abuelo... ¿y el cuento?

—Ah, sí, el monte de los aparecidos. Acomódense cerca del fuego.

Los chicos no se hicieron rogar.

El abuelo aprovechó para encender la pipa y comenzó el relato.

—Lo que les voy a contar sucedió aquí mismo, en esta estancia, hace más de cien años. En aquella época, el campo era mucho más grande y no había alambrados; la única protección para el ganado eran unas zanjas que no contenían a los indios ni a los cuatreros[36]. Había que ser muy corajudo para vivir en este lugar. Y el dueño de La Verde lo era: don Francisco Sosa, capitán de junineros.

—¿Qué son junineros? —preguntó Teresita.

—Eran. Gauchos organizados como militares para pelear contra los indios y defender las estancias. Y este capitán Sosa era el más temido por la indiada. Un hombre como pocos: valiente hasta la temeridad, gaucho como el que más, alto y bien parecido. Se sentía muy solo en aquel campo inmenso, y una temporada, bajó a Buenos Aires a buscar una novia...

—¿La encontró? —preguntó Teresita.

---

36 Ladrones de ganado.

—La encontró. Se llamaba Manuela. Una de las más bonitas de la gran aldea, capaz de encontrarse a gusto tanto en los mejores salones de la capital como a caballo en medio de la pampa. Fue un flechazo: se casaron en unas semanas. El capitán la trajo, y La Verde cambió. Ella puso alegría en la casa austera y flores en el jardín vacío. El monte que rodeaba al casco es el mismo que pasamos esta mañana...

El abuelo dio unas pitadas a la pipa y prosiguió:

—Tuvieron una hija, una chiquita bonita y traviesa, que corría y jugaba por toda la casa. Tendría unos cinco años cuando llegó Pulqui a la estancia.

—¿Pulqui? —preguntó Felipe.

—Un indiecito voroga. Uno de los pocos sobrevivientes de una tribu masacrada por Calfucurá[37]. Andaba solo de aquí para allá, como bola sin manija[38], sin parientes ni amigos. Dormía al sereno y comía lo que cazaba. Se había acostumbrado a vivir así, libre, salvaje, sin ataduras. Cuando acampó en La Verde tendría la edad de Daniel y Martín. Se quedó porque aquí encontró lo que andaba buscando hacía tiempo, lo que más quería: manadas de baguales, y entre ellos, un zaino negro, brioso, indomable, todo fuego, que andaba solo. El capitán y sus gauchos habían tratado de echarle el lazo una y otra vez, pero no había caso: el pingo aquel era taimado como él solo y conocía todas las mañas. Nadie sabe cómo, Pulqui se le pudo acercar. Se ganó la

---

37 Cacique indio araucano. Después de la batalla de Caseros, sirvió a las órdenes de Urquiza, con las fuerzas de la Confederación. Hizo la campaña de Cepeda, en 1859. Su última batalla con los ejércitos criollos fue el 8 de marzo de 1872, cuando fue derrotado por el general Rivas. Murió el 3 de junio de 1873.

38 Andar de un lado a otro, sin dirección fija (habla rural).

confianza del potro y poco a poco, con mucha paciencia, lo fue amansando de abajo, como ustedes quieren. Y por fin, se le sentó. El bagual lo aceptó, y ese día se terminó la soledad de los dos vagabundos. Un atardecer, cuando galopaba el zaino a orillas del arroyo, Pulqui prácticamente se topó con el capitán y Manuela. El indiecito tuvo miedo: Francisco Sosa tenía fama de implacable. Pero la dulzura de Manuela lograba lo que ningún enemigo; bastó una mirada de ella. El capitán le regaló al indiecito el magnífico potro negro. Desgraciadamente, alguien más presenció la escena: Curu-Nahuel.

—¡Un indio! —cortó Felipe.

—Ajá. Un capitanejo de Catriel[39], astuto y feroz como un tigre. Se la tenía jurada al capitán. Andaba siguiendo a Pulqui para intentar robarle el zaino, y al ver a Manuela, quedó impresionado por su belleza y decidió raptarla. Reunió a sus lanceros para pegar un malón a la estancia la primera noche de luna. Pero el pampa no contó con Pulqui. El indiecito vio que el desierto "se movía": animales huyendo, polvaredas en el horizonte, quemazones. A todo galope, llegó hasta el casco antes que la indiada y previno al capitán. Sosa lo mandó con Manuela y la pequeña a una estancia vecina y se quedó a hacer pata ancha[40] frente al malón.

---

39 Cacique indígena. Se asoció con las fuerzas de Buenos Aires para luchar en contra de Calfucurá. Vencido el movimiento revolucionario, cayó prisionero y fue entregado a los indígenas que luchaban a favor del gobierno de la Confederación, quienes le dieron muerte a puñaladas.

40 Afrontar el peligro (habla rural).

Fue una batalla terrible. Los indios eran muchos más, pero los junineros se batían como leones. Curu-Nahuel le hizo creer a Sosa que se retiraba con una punta de vacas y caballos. Los gauchos salieron a perseguirlos para recuperar el ganado, sin saber que una emboscada los esperaba en el monte. Ninguno quedó con vida, ni siquiera el valiente capitán... Cuando Curu-Nahuel supo que Manuela no estaba, se puso furioso: prendió fuego a las casas y se volvió al desierto. Al regresar, Manuela hizo construir el nuevo casco donde está ahora y no quiso pisar el antiguo jamás. Pulqui se quedó en la estancia, fue bautizado y tomó el nombre de Francisco. En cuanto a la nenita, se casó con un mozo del pueblo... Mi abuelo.

—¿Y los aparecidos? —preguntó Felipe.

—A eso voy. El monte fue creciendo, abigarrado, áspero, y sepultó las ruinas. Entonces, la gente de por aquí empezó a decir que, en el lugar, sucedían... cosas.

—¿Qué cosas, abuelo? —interrogó Daniel.

—Primero dijeron que, a medianoche, se escuchaban gritos. Luego, algunos paisanos contaron que, en las noches de luna, se veían extrañas luces.

—¡La luz mala[41]! —exclamó Martín.

—Así decían. Y por fin, hubo quien juraba haber visto la sombra del capitán recorriendo la estancia en su caballo preferido, un moro. Los viejos aseguraban que el alma en pena del capitán Sosa se había quedado a proteger a su

---

41 Fuego fatuo: brillo que despiden los huesos en los sepulcros del campo, bajo la luz de la luna. Supersticiosamente, se considera que es el alma en pena de un difunto que no fue enterrado en el cementerio.

familia. Yo no sé qué habrá de cierto, pero mi abuelo contaba como verídico un hecho singular.

El abuelo hizo una pausa dramática para recargar la pipa.

—¿Qué, abuelo? —lo urgió Teresita.

El abuelo carraspeó y reanudó su relato:

—En una ocasión, la estancia fue atacada por otro malón, un coletazo de la Invasión Grande de 1875[42]. Seguramente, habría tenido éxito si la campana no los hubiera puesto sobre aviso.

—¿Cuál? —preguntó Felipe—. ¿Aquella?

Y señaló una vieja campana herrumbrada, cerca de unas acacias blancas de aspecto fantasmal.

—La misma, Felipe. Empezó a tañer sola y alertó a la gente, que pudo rechazar a la indiada. Esta vez, tenían Remingtons[43]; y los indios tuvieron que recular[44], nomás.

—¿No habrá sido el viento? —preguntó Daniel, algo escéptico.

—Según mi abuelo, esa noche no había viento. Y nadie se acercó a la campana.

Los ojos de los chicos fueron de la campana al fuego, que proyectaba sombras inquietas en los troncos de los árboles.

—Aún falta algo —siguió el abuelo—. ¿Saben quién venía en ese malón?

—¡Ya me imagino! —saltó Felipe—. ¡Curu-Nahuel!

---

42 Sublevación de Juan José Catriel y de sus aliados, en Azul, provincia de Buenos Aires, con un saldo trágico de muertos y destrucción. Tuvo lugar el 26 de diciembre de ese año. Entre los aliados, se encontraban: los indígenas ranqueles de Baigorrita y las tribus de Namuncurá, Pincén, Purrán y Renque-Cura.

43 Tipo de rifle.

44 Retroceder (habla rural).

—Acertaste. Cuando escapó, fue a parar derechito al monte de los aparecidos —el abuelo aspiró una bocanada de humo de la pipa y la dejó escapar. Se disolvió como un espectro—. No volvió a salir.

Los ojos de los chicos parecían el dos de oros.

Sebastián y el abuelo cambiaron una mirada cómplice.

—Algunos creen que el ánima del capitán sigue rondando el monte —dijo el capataz, muy serio.

Carmen miró a su marido con reproche.

—No les deberían hacer esos cuentos a los chicos.

—Carmen, mirá si vamos a creer en fantasmas —dijo Daniel, sobrador.

—No, qué vamos a creer... —añadió Martín, con muy poca convicción.

—Todo se puede explicar, salvo lo de la campana —terció la abuela—. Y eso puede haber sido una casualidad. Algo la habrá golpeado.

—¿Y el indio? —planteó Felipe.

—Se escapó, tal vez —dijo Carmen—. O se habrá hundido en un tembladeral que dicen que hay. Andá a saber.

—Todo es posible —sentenció secamente el abuelo.

De pronto, Felipe pegó un alarido como para ponerle los pelos de punta al más pintado.

—¿Qué? ¿Qué pasó? —preguntaron todos.

—Nada —rió Daniel—. Metí una ranita en la camisa de Felipe.

—¡A dormir! —ordenó la abuela, agotada la paciencia—. ¡Y dejarse de embromar!

Al ponerse de pie, Daniel tocó el brazo de Martín.

—Mañana... ¡Como Pulqui!

—¡Mañana!

Esa noche, los dos soñaron con un alazán de crines blancas al viento. Y dos jinetes de trece años. Enancados[45].

45 Montados sobre las ancas del caballo, es decir, sobre la parte posterior, entre los riñones y el comienzo de la cola.

| 8

A la mañana siguiente, llegó el domador. Un hombre delgado, de bigote ralo y cara curtida. Lo acompañaba un jornalero.

Los chicos se acomodaron desde temprano en el corral para no perder detalle. Sebastián y el peón se encargaron de enlazar y palenquear los potros, ponerles el bocado y el apero.

Uno por uno, el paisano se hizo cargo de los cuatro potros que le habían traído. Y aunque "más malos que su agüela, se hacían astillas" [46], ninguno consiguió tirarlo. No hubo corcovo ni maña que valieran, el hombre sabía su oficio y, a rebencazo limpio, los dejó mansitos como corderos.

Sebastián, que lo apadrinó[47] junto con el otro, se acercó a los chicos cuando todo hubo terminado.

—¿Seguro que no quieren que traiga al alazán?

Los dos lo miraron como diciendo "¡Ni falta que hace!". El capataz sonrió, entre socarrón y orgulloso.

A la tarde, Martín y Daniel arrearon la manada hasta un corral grande, circular, una especie de picadero[48].

---

46 Se dice de los caballos que corcovean mucho.

47 Seguir, a cierta distancia, al domador para ayudarlo a dirigir al potro.

48 Lugar donde se adiestran los caballos y donde las personas aprenden a montar.

Martín entró con un bozal; Daniel, lazo en mano. Se abrieron para rodear a los potros, que los observaban sin inmutarse, pero sin perderles pisada.

Martín ganó un extremo del corral; y Daniel, el otro. Entonces, el gauchito arreó los caballos hacia su amigo, gritando y agitando un pañuelo.

Daniel esperó. Siempre había algún potro entre él y el alazán.

De pronto, el pingo quedó a tiro. El chico arrojó el lazo. Pero el alazán giró con mucha rapidez y lo hizo fallar.

Martín llegó hasta Daniel, fastidiado.

—¡Cha[49] que habías sido gringo! Mejor arrialos vos, que yo lo viá enlazar. Soy más baquiano pa'esto.

Daniel se quedó un poco con la sangre en el ojo, pero no dijo nada. Tomó el sitio de Martín y comenzó a arrear los potros en su dirección.

Martín, atento, no perdía movimiento del alazán. Claro que el potro estaba prevenido: la cosa iba con él. En cuanto Martín alzaba el brazo, se metía detrás de algún gateado.

Martín tenía paciencia. Ya se iba a descuidar.

Y, sí... ¡Ahí estaba, justo para el lazo!

Martín lo revoleó y lo arrojó con tal velocidad que el alazán no tuvo tiempo de esquivarlo.

El gauchito tensó el lazo. Triunfante, echó una mirada a Daniel. Y entonces, el alazán vio su oportunidad: pegó un violento tirón.

---

49 Forma abreviada de "¡Pucha!", interjección gauchesca que equivale a "¡Caramba!".

Martín, mal parado, perdió pie y cayó. Tuvo que soltar el lazo para no ser arrastrado.

El potro había vuelto a reunirse con la tropilla.

Daniel se acercó a Martín, despatarrado en el suelo, la cara llena de tierra.

—Había sido baquiano el hombre... —dijo el rubio. Ahora le tocaba reír.

La cara que puso Martín era tan cómica que terminaron riendo los dos.

—Vamos a tener que cambiar de táctica —opinó Daniel.

—Sí —reconoció Martín—. Mejor nos amigamos con la madrina[50].

Esta vez, se acercaron juntos a la manada despacito, evitando cualquier movimiento brusco para no espantarlos.

La madrina los miró de reojo con desconfianza. ¿No andarían tratando de enlazar de vuelta, esos dos...?

Pero los chicos siguieron acercándose con las manos al descubierto.

Un paso, luego otro, otro más...

La yegua concluyó que venían con buenas intenciones y no se mosqueó.

Daniel y Martín la alcanzaron. La palmearon, la acariciaron y, por fin, Daniel le dio un terrón de azúcar. A partir de ese momento, la madrina les entregó su corazón.

Los potros, al ver que la vieja yegua los aceptaba, perdieron el miedo y se arrimaron a ellos, tímidamente.

Y el más audaz (o el más confiado) resultó ser el alazán.

---

50 Yegua mansa, que lleva una campanilla atada al cuello. Sirve para reunir o guiar a los demás caballos de la tropilla.

Martín, mal parado, perdió pie y cayó. Tuvo que soltar el lazo para no ser arrastrado.

El potro había vuelto a reunirse con la tropilla.

Daniel se acercó a Martín, despatarrado en el suelo, la cara llena de tierra.

—Había sido baquiano el hombre... —dijo el rubio. Ahora le tocaba reír.

La cara que puso Martín era tan cómica que terminaron riendo los dos.

—Vamos a tener que cambiar de táctica —opinó Daniel.

—Sí —reconoció Martín—. Mejor nos amigamos con la madrina[50].

Esta vez, se acercaron juntos a la manada despacito, evitando cualquier movimiento brusco para no espantarlos.

La madrina los miró de reojo con desconfianza. ¿No andarían tratando de enlazar de vuelta, esos dos...?

Pero los chicos siguieron acercándose con las manos al descubierto.

Un paso, luego otro, otro más...

La yegua concluyó que venían con buenas intenciones y no se mosqueó.

Daniel y Martín la alcanzaron. La palmearon, la acariciaron y, por fin, Daniel le dio un terrón de azúcar. A partir de ese momento, la madrina les entregó su corazón.

Los potros, al ver que la vieja yegua los aceptaba, perdieron el miedo y se arrimaron a ellos, tímidamente.

Y el más audaz (o el más confiado) resultó ser el alazán.

---

50 Yegua mansa, que lleva una campanilla atada al cuello. Sirve para reunir o guiar a los demás caballos de la tropilla.

Allí estaba, parado al lado de la madrina, mirándolos con ojos curiosos y mansos.

Solo había que estirar la mano y... Pero no se atrevían, por temor a asustarlo.

—Dale vos... —invitó Martín.

Daniel tragó saliva.

—Tranquilo, lindo... No te voy a hacer nada.

El potro se quedó tieso, las orejas paradas, los ojazos alerta.

—Así, lindo... Tranquilo...

Daniel alzó la mano derecha, lentamente, muy lentamente.

Martín no respiraba.

El alazán inclinó la cabeza. Y se dejó acariciar el hocico.

Daniel captó un estremecimiento, pero muy breve. Abrió la otra mano, mostrando los terrones de azúcar. El alazán los comió y le dejó la mano maravillosamente húmeda.

Martín acarició el flanco del potro.

Ya eran amigos.

El día se hizo más luminoso que ninguno. El sol rebotó en las crines del alazán, en las pecas de Daniel, en los ojos de Martín.

Cuando volvieron a las casas, llevaban al potro prendido en las camisas y en la piel. Acre y cálido, se quedó con ellos un largo rato...

| 9

Desde esa tarde, Daniel y Martín vivieron para el potro.

Empezaron a colocarle el bozal, lo cabestrearon[51] y, más adelante, principiaron a atarlo a un árbol para seguir con el entrenamiento. Allí lo sobaron hasta sacarle las cosquillas, lo acostumbraron al bocado[52], le pusieron bolsas en el lomo para habituarlo a sentir un peso...

Cada vez que iban a verlo, le llevaban un terrón de azúcar. Inventaron un silbido especial, que el alazán reconocía. Les encantaba verlo venir al galope en cuanto los escuchaba.

Prácticamente no se ocupaban de otra cosa. Solo interrumpieron el entrenamiento para participar de una pequeña ceremonia.

Fue a la orilla del monte de durazneros. Felipe encabezó una comitiva compuesta también por el abuelo, Teresita, los perros y el cordero. El más chico llevaba algo en las manos. Cuidadosamente, respetuosamente, las abrió... y la calandria salió volando, otra vez sana, otra vez libre.

---

51 Lograr que el animal sea guiado, sin resistencia, por una persona que lo lleva tomado del cabestro, que es una especie de lazo.

52 Riendas que se pasan por adentro de la boca del potro que aún está siendo domado, y al que todavía no se le han puesto frenos.

Antes de irse, se posó en una rama. Y cantó. Un canto alegre, potente, melodioso, las alas abiertas, el pico al cielo.

Entonces, Felipe silbó.

Y la calandria contestó, imitando el silbido.

Luego se fue en un batir de alas.

Felipe no la olvidaría.

Y llegó el día.

Daniel y Martín se levantaron con el sol. Recogieron bozal, riendas y bocado.

Sebastián los vio pasar y preguntó si se habían caído del catre.

—¡Vamos a montar el potro! —anunció Daniel.

Sebastián los miró como desconfiando.

—¿Y el recao? ¿Ni un cojinillo le van a poner?

—No. En pelo, nomás —respondió Martín.

Sebastián iba a comentar algo, cuando se les acercó el abuelo. Su expresión prometía complicaciones.

—Chicos, los escuché. Lo siento, pero van a tener que esperar un día más. Tengo que ir al pueblo con la abuela, y Sebastián y Carmen nos van a acompañar. Hay tareas que hacer, y quiero que se encarguen de todo en nuestra ausencia.

—Pero, tatita...

—Sin peros, Daniel. Después de todo lo que esperaron, un día no es mucho tiempo.

¡Un día!

Para Daniel y Martín, era todo un siglo.

Y ponerse a trabajar, con el calor que hacía... Primero fueron al tambo, a ordeñar las dos vacas holando. Con mucho cuidado, porque la más vieja pateaba el balde en cuanto uno volvía la cabeza.

Afuera: el campo, todo el campo... y bien lejos: la manada. Por momentos, creían adivinar la forma del alazán.

Felipe pasó corriendo con Perico y Pichi.

—¿Quieren que los ayude, chicos?

—Gracias, ya terminamos —dijo Daniel—. Pero podés llevar los baldes.

Felipe aceptó. Los otros dos salieron del tambo.

Daniel apoyó el codo contra la puerta. Martín se quedó a su lado, mordisqueando una pajita. Las miradas de los dos convergieron en...

Teresita. En una reposera, cerca del tanque, tomando sol y leyendo una novelita de Enid Blyton[53].

—Digo yo... —empezó Daniel—. Seguramente no va a pasar nada...

—No creo... —dijo Martín.

Teresita los vio llegar y se puso en guardia. Algo estaban tramando, esos dos.

Los chicos se agacharon a su lado.

—Tere... Teresita... —Daniel trató de ser lo más diplomático posible—. ¿Nos podrías hacer un favor?

—¿Como qué? —le espetó ella, tajante.

---

53 Escritora británica (1897-1968), autora de libros de literatura infantil y juvenil. Escribió más de cien novelas y relatos, generalmente, de aventuras y misterio. Sus obras han tenido mucho éxito y fueron traducidas a varios idiomas.

—Mirá... El alazán anda ahí, solito, pobre, y nosotros justo hoy teníamos que domarlo...

—¡Daniel, ya sabés lo que dijo tatita!

—Sí, pero si vos te dieras una vueltita de vez en cuando...

—Ustedes son los responsables, yo no sé nada.

—Tere, por favor, ¿qué te cuesta? ¡Enseguida volvemos!

—Dale, Teresita, sé buena... —agregó Martín.

Teresita los miró con cara de dolor de estómago. Pero los chicos traían tantas ganas, y tanta súplica... Además, podía ser divertido...

—Bueno, está bien. ¡Pero vuelvan pronto!

Los dos dispararon un "¡gracias!". Felipe los vio pasar, adivinó aventura y preguntó adónde iban. La respuesta lo arrastró como un imán, a pesar del llamado de Tere:

—¡Felipe! ¡Vení acá!

—¡Tas loca! ¡Quiero ver si se rompen el alma!

Tal vez era inevitable, tal vez no. Pasó.

En el apuro, los chicos dejaron mal cerrada una tranquera. Justo la que iba a un sembrado de maíz que empezaba a despuntar.

Entraron vacas, caballos y algunas ovejas. Comieron, pisotearon, destrozaron.

Ajenos a todo, Martín, Daniel y Felipe llegaron hasta los criollos.

El alazán, acostumbrado a los chicos, se dejó llevar a un potrero sin inconvenientes.

Los chicos lo soltaron un momento mientras se ponían de acuerdo sobre quién lo intentaba primero. Martín había llevado una taba[54], ideal para el caso. Felipe, neutral, la tiraría.

—Si sale suerte, vas vos —propuso Daniel—. Y si sale... lo otro, yo.

Felipe arrojó la taba. Giró en el aire y...

—¡Culo! —aulló Daniel.

Martín, contrariado, trepó al cerco con Felipe.

Daniel se aproximó al alazán, exageradamente confiado.

Le ajustó el bozal, le puso el bocado, tomó las riendas y le palmeó el lomo.

—Te vas a portar bien, ¿verdad?

El alazán lo miró, enigmático, y pareció decir que sí con la cabeza.

Daniel se hizo una rápida señal de la cruz (por si acaso), respiró hondo y montó de un salto.

Por un momento, el alazán no reaccionó: ¿sería tan simple? Pero al instante siguiente, empezó a corcovear de lo lindo. El chico se agarró como pudo, pero el salto inicial lo había tomado de sorpresa. No tardó en aterrizar con muy poca elegancia.

Martín y Felipe corrieron a ver cómo estaba; por suerte, el único problema era un dolor de los mil demonios un poco más abajo de la espalda. El potro se acercó también al maltrecho Daniel y le frotó el hocico por el pecho, como pidiéndole perdón.

---

54 Hueso de la pata de la vaca, con forma de cilindro achatado. Con la taba se realiza un juego: se la arroja al aire y, si cae con el lado cóncavo (llamado "suerte") hacia arriba, se gana; si cae con el lado opuesto (llamado "culo") hacia arriba, se pierde. También se usa para echar suertes, como cuando se tira una moneda, a cara o ceca.

—Sí, hacete el inocente, ahora... —Daniel se puso de pie, frotándose la parte dolorida.

—Bueno, Martín... —ofreció con un gesto—. Te toca a vos...

Martín reunió todo su coraje y tomó las riendas.

En el sembrado, las cosas iban de mal en peor: no quedó plantita sin remover. Para colmo, los chanchos se escaparon al monte de frutales, se tiraban contra los troncos para hacer caer la fruta madura y devorarla en el suelo.

Pero volvamos al potrero...

Martín montó con mayor precaución y, cuando el potro quiso retobarse, se le prendió como garrapata. Por más que saltara y corcoveara, no iba a aflojar. Tenía las rodillas clavadas al pingo. Daniel y Felipe no dejaban de alentarlo.

Y el alazán, que al fin y al cabo era manso y aguantaba cómodo el peso, de a poquito se fue cansando. Hasta que, por fin, dejó de corcovear.

Martín lo taloneó, feliz, y salieron al galope corto. El alazán volaba. Cruzaron el potrero tres o cuatro veces. Luego, lo hizo trotar un poco, volvió al galope, cambió de paso otra vez, giró a la izquierda, a la derecha, lo hizo frenar y, por fin, le largó un poco las riendas.

Daniel y Felipe, enloquecidos, no paraban de vitorearlo. Martín picó hacia ellos y frenó el potro junto a la tranquera.

Por supuesto, Daniel reclamó su turno. Y esta vez, el potro lo trató como a Martín. Lo encontró brioso, dócil y rápido como escupida'e músico, como dijera Sebastián. Daniel no conocía nada mejor que andar en pelo, lejos de la tierra,

las piernas pegadas al cuerpo caliente del pingo. Y qué pingo, este, ¡qué lindo corría! ¡Cómo lo iban a disfrutar!

A todo esto, Teresita había ido a recoger huevos en el gallinero. Encontró más de una docena y los cargó en los brazos. De pronto, se quedó petrificada.

Encabezada por Perico el cordero, una legión de lechones entraba en la cocina. Margarito y el peludo cerraban la formación.

Tere, alelada, abrió los brazos. Tortilla instantánea. Pero no había tiempo de lamentarse. La muchachita corrió a poner orden en la cocina... y se olvidó de cerrar la puerta del gallinero. En minutos, el jardín y alrededores se poblaron de gallinas, pavos, patos y gansos.

Los chicos volvieron con el alazán del cabestro, haciendo planes para su venturoso futuro.

—¿Y viste cómo corre? ¡Es el criollo más rápido que hay!

—¡Podemos llevarlo a cuadreras!

—¡Sí! ¡Y es aguantador, además! ¡Podríamos ir hasta Nueva York con él, como Gato y Mancha[55]!

Felipe vio. Se detuvo.

—Chicos, miren...

Las sonrisas de Daniel y Martín se congelaron. Frente a ellos, el caos. Los chanchos en el monte; el resto de los animales, mezclados y/o en el sembrado; y Teresita, desesperada, corriendo gallinas y lechones a escobazos.

---

55 Estos dos caballos realizaron el "raid" de Buenos Aires a Nueva York, en 1928, recorriendo una distancia récord de 21.500 kilómetros.

Hicieron lo que pudieron. No pudieron mucho. Daniel y Martín consiguieron encerrar a los chanchos, pero no impunemente. Persiguiendo al más ladino, Daniel resbaló en un charco y quedó cubierto de barro hasta las orejas.

El cuadro no podía ser más desolador: Martín empujando una vaca, Felipe tirando de una oveja empacada, Teresita blandiendo la escoba a diestra y siniestra, Daniel bajo la bomba lavándose el barro.

Y entonces...

—¿Qué significa esto? —tronó el abuelo.

Ninguno había oído llegar el auto. Se quedaron cada uno en su posición, paralizados.

—¡Vengan acá, inmediatamente!

Teresita fue sin soltar la escoba; Daniel, empapado; Martín, como si cada pie tuviera que pedirle permiso al otro; y Felipe, concentradísimo en la punta de sus zapatillas. El propio Perico se escondió detrás de su amito.

El abuelo suspiró profundamente, como si no pudiera creerlo. O no quisiera.

Enseguida les dio un reto de padre y señor mío. Daniel y Martín, responsables directos, cargaron con la culpa. Iban a trabajar para reponer todo lo perdido. Y en cuanto al alazán, no lo verían hasta que cumplieran.

Los chicos no podían imaginar un castigo peor: justo ahora que ya estaba domado, que ya era suyo... Pero el abuelo podía ser tan severo como comprensivo, y no había nada que alegar. Se lo merecían.

| 10

Martín y Daniel trabajaron de sol a sol: separaron hacienda, repararon alambrados, roturaron el maizal, que parecía un campo de batalla (al menos, para eso tuvieron que utilizar el tractor, una de las chifladuras de Daniel). También participaron en una esquila y ayudaron a cosechar el trigo. Todo, bajo un sol de fuego. Día tras día llegaban molidos, comían rápido y, después, derecho a la cama. No se acostaban, se dejaban caer. A veces, sin desvestirse.

La abuela y Carmen, compadecidas, empezaron a interceder ante sus maridos para que perdonaran la penitencia. Pero el abuelo y Sebastián estaban decididos a llevarla adelante. Los chicos tenían que aprender a responder por sus acciones (u omisiones). Y estaban cumpliendo.

Una mañana, se levantaron a las cinco y fueron a ver al patrón a su escritorio.

El abuelo no los vio entrar, ocupado con unos papeles. Daniel tuvo que carraspear para que elevara la vista.

—¡Ah, son ustedes! —dijo—. Buenos días, muchachos.

Los chicos contestaron el saludo; el abuelo volvió a sus papeles. Los dos se miraron, desconcertados.

—Venimos a ver qué se le ofrece mandar —se animó a decir Martín.

—A ver... Tengo algo que encargarles —empezó el abuelo—. Quiero que vayan a ensillar cierto potro alazán que hice

traer, y salgan a hacer lo que se les ocurra durante todo el día. ¿Alguna objeción?

Ninguna orden sería obedecida tan bien ni tan pronto.

—¡Gracias, tatita! ¡Gracias, patrón!

—Vayan rápido, ¡antes que cambie de idea!

—¡Sí, señor!

El abuelo fue a la ventana para disfrutar el momento del reencuentro casi tanto como ellos.

El alazán también los había extrañado: los recibió con un alegre relincho.

Siguieron días felices, días de juegos y galopadas. Le enseñaron a buscar sus terrones de azúcar en los bolsillos de la camisa, y a recoger una boina con los dientes. Les gustaba poner la mano en el pescuezo del pingo cuando tomaba agua para sentirla pasar. Los dos se encariñaron, cada vez más, con ese alazán con facha de chico travieso que, de vez en cuando, mordía el freno y no siempre les llevaba el apunte. Pero que se ponía contento en cuanto los veía aparecer y reaccionaba al más leve toque de la rodilla. Y los quería tanto como ellos a él. Lo iba a demostrar.

Cierta vez, disputaban una carrera. Daniel iba en el Oscuro; el alazán lo dejó atrás rápidamente, para gran satisfacción de los dos.

Martín se volvió a mirar cuánta ventaja llevaba y no advirtió que iba derechito a una zanja profunda. Daniel alcanzó a gritarle "¡Cuidado!", pero ya era tarde: cuando el criollo se dio vuelta, no había tiempo de nada.

El alazán no precisó órdenes: casi sobre la zanja, por su cuenta, tomó impulso y la saltó limpita.

Martín lo frenó maravillado, olvidando el sofocón. Lo acarició.

—Pingo lindo...

—¡Qué bárbaro! —gritó Daniel del otro lado.

—¡Había sido saltador, también! —exclamó Martín.

—¡Tenemos que enseñarle!

Del dicho al hecho. Llevaron al alazán cerca del arroyo y ahí Daniel fabricó una valla con restos de un corral viejo. La armó como pudo. No muy derecha que digamos, pero bastante alta y poco peligrosa. La madera estaba medio podrida y no podía lastimar. El potro no parecía muy feliz con los preparativos...

Cuando Daniel terminó, Martín se alejó a una distancia razonable y taloneó al pingo hacia la valla.

El alazán aceleró. Martín se afirmó bien y le hizo encarar el obstáculo. Ya estaban a quince metros, diez, cinco... Martín lo incitó a saltar...

Y el alazán frenó de golpe, giró hacia el arroyo y, apoyándose en las patas delanteras, despidió a Martín. El chico fue a acuatizar en pleno arroyo.

Daniel se acercó a la orilla, señalando a su amigo, muerto de risa. Entonces el alazán, por detrás, le dio un topetazo.

¡Y Daniel, al agua!

Ahí quedaron los dos, sentados en un remanso bajito como pollos mojados... Los relinchos del potro parecían... sí, sonaban igual que carcajadas.

A porfiado, porfiado y medio. Daniel y Martín probaron de nuevo, con un obstáculo bastante más bajo. Esta vez, Daniel se colocó del otro lado con una zanahoria.

Y el alazán saltó.

Poco a poco, fueron subiendo la valla. El potro siguió saltando cada vez más alto.

Una tarde, Martín andaba en el potro cerca de un monte. Daniel holgazaneaba en las ramas de un enorme sauce colorado, en compañía de sus hermanos. Se le ocurrió pregonar las virtudes de saltarín del alazán.

—Los criollos no saltan —fue el lacónico comentario de Felipe.

—Este sí —afirmó Daniel.

Martín estaba cerca y oyó la conversación.

—Si quieren, les mostramos —ofreció.

—¡No, para qué! —dijo Felipe—. Te vas a romper la cabeza.

Daniel y Martín cambiaron una mirada suficiente.

—¿Qué te parece aquel tronco? —propuso Daniel, señalando un árbol caído bastante ancho.

Martín lo miró con aire de conocedor.

—Puede andar... —dijo.

—¡Martín, no seas loco! —protestó Teresita.

Pero el gauchito ya estaba taloneando al potro. El alazán ganó velocidad... Tere y Felipe esperaron, sobre ascuas; Daniel, confiado; Martín inclinó el cuerpo hacia adelante, el potro se alzó... y, como si nada, el tronco quedó atrás.

Martín fue a recibir las felicitaciones de los chicos, al trotecito. Teresita y Felipe quedaron fascinados: nunca habían visto un potro mejor ni más lindo, dijeron y, a partir de ese momento,

se propusieron pedirlo prestado. No por ahora: Daniel se habría dejado matar antes de permitir que lo montara otro que Martín.

Hacía rato que Daniel venía acariciando la idea de salir a galopar antes del amanecer.

Puso el despertador a las cuatro: por Felipe no había que preocuparse, tenía el sueño más profundo que un oso: ni a cañonazos.

Se vistió en silencio y salió por la ventana.

Las ranas y los grillos todavía andaban de concierto, y el lucero no terminaba de apagarse. El viento le regaló un penetrante aroma a eucaliptos y las voces distantes de perros, alguna vaca y un gallo más madrugador que otros.

No se había puesto las zapatillas porque rechinaban y temía despertar a los demás. Así que fue corriendo descalzo sobre el rocío fresco hasta el galpón. Allí descolgó las piezas del recado y fue a buscar al alazán. Al silbido, el potro acudió al galope... Después del terrón de azúcar, se quedó quieto mientras el chico lo ensillaba.

Cuando Daniel montó, empezaba a clarear. El horizonte se puso rosado como una mejilla acalorada; el campo volvió a ser verde; los médanos, dorados; y los bultos oscuros se hicieron montes. La noche velaba al mundo para que la aurora lo destapara.

Daniel taloneó al potro, y salieron hacia el este, en busca del sol que aún remoloneaba. Remontaron la loma de un médano asentado y, en el tope, casi tropezaron con él. Los primeros rayos se filtraron en nubes bajas y surgió la puntita, oro fundido.

Daniel, borracho de viento, rocío y luz, le dio rienda al potro. Bajaron la cuesta, subieron otra y, ya en terreno llano, galoparon, galoparon como para que el campo les quedara chico.

Pasaron por un monte de eucaliptos y Daniel cortó unas hojas, masticó algunas y guardó otras en un bolsillo. Desmontó, caminó un poco para estirar las piernas y se tendió a la sombra, mordisqueando un tallo de pasto sin darse cuenta. Dejó que sus pensamientos volaran con él a regiones desconocidas: se preguntó por qué estaba ahí, por qué había nacido donde y cuando lo había hecho y como ser humano, y se dijo que no había respuesta. Sintió cantar un pájaro y lo buscó con la vista. Un cabecita negra. Y en otro eucalipto un churrinche, tan rojo, tan gauchito. Arriba, las nubes eran cocodrilos, ombúes, barcos... Como se le hacía tarde, volvió a subirse al buen amigo y lo hizo galopar, más, mucho más que antes. La imaginación de Daniel fabricó una columna de indios que lo perseguía, el mismo Pincén a la cabeza; pero él, un chasqui[56] del coronel Villegas[57], no se iba a dejar alcanzar. Además, podía disparar al galope con su Remington. Ya se había bajado tres indios cuando la realidad vino a sacudirlo.

Bruscamente, voló. Un tremendo golpe en la cabeza, y la oscuridad.

El alazán había metido una pata en una vizcachera.

---

56 Palabra de origen quichua: jinete que llevaba un mensaje de urgencia, enviado por la autoridad.

57 Conrado E. Villegas (1840-1884). Militar de origen uruguayo, participó en la guerra del Paraguay. Peleó en la campaña contra el general Mitre (1874) y derrotó al cacique Pincén. En 1876, fundó el pueblo de Trenque Lauquen.

Por suerte para Daniel, cayó hacia adelante; y el potro no lo aplastó. Pero el impacto había sido muy violento, y quedó inconsciente.

El caballito, ileso, se acercó a su dueño. Trató de moverlo, en vano. Entonces, en lugar de volver a la querencia[58], se quedó montando guardia a su lado.

Eso salvó a Daniel.

Sebastián había salido de recorrida y se extrañó de ver un caballo ensillado, inmóvil en pleno campo. Cuando reconoció al alazán, galopó en su dirección sin mezquinar rebenque.

Desmontó y estuvo con Daniel en tres pasos. Lo zarandeó un poco y pudo hacerlo reaccionar.

—¿Cómo te sentís, muchacho?

—No sé —dijo Daniel, palpándose el pelo, un poco pegoteado con sangre coagulada—. Me duele un poco la cabeza, pero creo que nada más.

—Por lo menos, estás de una pieza... —sonrió Sebastián.

—¿Y el alazán? —Daniel se dio vuelta y lo vio—. Ahí estás, lindo... No tenés nada... ¿Se quedó conmigo, Sebastián?

—Ajá. Por eso, te encontré.

Daniel se miró, agradecido, en los ojazos mansos del caballo.

—Pingo lindo...

---

58 Lugar de crianza. Cariño y apego que sienten los animales por el lugar donde se criaron. También se usa, aplicado a las personas, para referirse a los seres queridos (habla rural).

11

El abuelo lo revisó y le dio el alta.

—Es una cabeza demasiado dura para romperse.

Al otro día, totalmente repuesto, Daniel tuvo un despertar diferente.

Por la ventana, bufando, entró la cabezota del alazán.

El chico abrió los ojos, lo reconoció y, más contento que sorprendido, se sentó en la cama para abrazarlo.

El alboroto despertó a Felipe, se restregó los ojos para estar seguro de que no soñaba.

En ese momento, como todos los días, la abuela llegaba a levantarlos con la pava, el mate y bizcochitos. Por poco, no manda todo al piso.

—¡Daniel! ¿Qué hace este caballo aquí?

Sería difícil decir cuál de los dos puso más cara de inocente: el chico o el caballo.

Ninguno de los dos la iba a ablandar. Ella les permitía muchas cosas, pero... ¡caballos en la casa! ¡Y pisando sus canteros de flores! ¡Lo único que faltaba!

Así que, durante el desayuno, Teresita y Felipe decidieron aprovechar el mar de fondo contra Daniel (no de parte del abuelo, que encontró la situación muy divertida).

—Yo comprendo que lo quieras mucho, Daniel —decía la abuela—, pero la casa no es para los animales.

—No, abuela —decía él, un poquito demasiado serio—. Los caballos, en el campo.

—A propósito, Daniel... —intervino Teresita—, ¿cuándo nos lo vas a prestar?

—¿A ustedes? ¡Ni loco! —saltó Daniel—. Vos, Tere, me lo vas a enseñar a trotar como un caballo de circo, y vos —a Felipe—: sos tan pavo que perdés los aperos por el camino ¡y no te das cuenta!

Felipe acusó el golpe; Daniel se refería a una "hazaña" suya.

Los chicos insistieron, la abuela intercedió y, al fin, Daniel puso la última excusa:

—Es que... Lo tengo que consultar con Martín. Hoy le toca a él. Si los deja, podría ser...

Teresita puso en juego toda la persuasión propia de su sexo. Pidió y suplicó ("Martín, vos nos vas a dejar, ¿no es cierto? Sé bueno, Martín, ¿sí?"). Y... Era irresistible, viéndola ahí, tan bonita, con esos ojazos azules; bueno, ¿quién iba a negarse?

—Ta bien... Pero por hoy nomás, ¿eh?

—¡Gracias, Martín! ¡Muchísimas gracias!

Tere le dio un beso en la mejilla, antes de correr con Felipe en busca del alazán.

Mareado por el beso, Martín ni se enteró de la cara que puso Daniel, que le gruñó en voz baja:

—¡Traidor!

A la mañana, lo montó Felipe. Fueron a bañarse al arroyo. Felipe se zambulló con alazán y todo. El potro disfrutaba el agua tanto como ellos.

La tarde fue de Teresita. Primero lo montó en el corral y lo hizo andar al trote inglés, como una amazona. Trepados a la tranquera, los chicos la miraban consternados.

—Lo va a convertir en un caballo marica... —dijo Daniel, con desprecio, bien fuerte para que ella lo oyera.

—Chicas... —comentó filosóficamente Felipe.

Teresita se dio por aludida. Cambió el paso del alazán: al tranco[59], fue hasta ellos.

—Felipe, abrí la tranquera —ordenó.

Su hermano obedeció. Entonces, Tere taconeó al potro y salieron al galope.

---

59 Paso largo y firme del animal, más extendido que el natural.

Lo hizo doblar para pasar ante los chicos, que no pudieron disimular su asombro y admiración. Por fin se fue campo afuera, al viento el pelo y las crines del alazán, otros dos soles rubios en la tarde tranquila.

Capitán, el ovejero, los vio pasar. Algo en esa carrera atrajo el fondo de lobo de su corazón, y se fue tras ellos, a buscar una aventura.

La encontrarían.

El paseo llevó a Teresita hasta el monte de los aparecidos. Casi sin proponérselo, se encontró a la orilla del misterioso lugar, contemplándolo con esa mezcla de oscuridad y temor que le provocaba.

Sí, era el ambiente ideal para un fantasma: las ruinas, los árboles retorcidos, el suelo pantanoso se entreveraban en un tejido incierto por el que se movían sombras...

Tere sintió temblar al alazán. Capitán se puso alerta y comenzó a gruñir. Era como si alguien... o algo... anduviera por allí. Y, si uno se quedaba mirando, terminaba imaginando formas en la oscuridad...

Impulsivamente, Teresita tiró de las riendas.

—Mejor nos vamos, alazán... ¡Y bien lejos!

¿Adónde? ¡Ah, sí! A su lugar favorito en el campo: el arroyo.

De pasada, arrancó una ramita de aromo, con sus flores como diminutos pompones amarillos, y la enredó en su pelo.

Sí, junto al arroyo siempre encontraba luz, paz, armonía.

En cuanto llegaron, Teresita se apeó y fue hasta su árbol predilecto, un sauce llorón que dejaba caer sus ramas como pelo revuelto hasta casi tocar la corriente. Ahí se quitó

los zapatos y metió los pies en el agua. La cara al viento, para sentirlo en la piel con el sol; los ojos cerrados.

Los abrió para ver al alazán mirándola, manso, agigantado a contraluz. Fue a acariciarlo.

—¿A vos también te gusta este lugar, verdad?

El potro resopló como diciendo que sí y agachó la cabeza para beber. Teresita se sentó a su lado.

—¿Qué te parece si le llevamos algo a la abuela? —casi susurró. El alazán irguió las orejas como para escuchar un secreto y la miró con inteligencia.

—Ya sabía que ibas a estar de acuerdo —sonrió Tere.

Y se fue caminando por la orilla en busca de berros y, luego, se apartó más para recoger flores silvestres.

Cada vez más lejos del alazán y del perro, que se había ido a corretear en otra dirección. Cada vez más, dentro del campo.

Sin advertir que, en el cuadro, había otro animal...

Un toro. Oscuro, enorme e irritado por el calor y por la presencia de otro toro en un corral cercano. Listo para cargar contra lo primero que encontrara.

Y lo primero fue Teresita.

En cuanto la vio, toda su ira se concentró en ella. Comenzó a escarbar el suelo con las poderosas patas delanteras. Bajó el testuz[60]... y atacó.

Tere sintió el retumbar del trote pesado contra el suelo y alzó la mirada.

—¡Dios mío!

---

60 La parte superior de la cara del animal.

Desesperada, echó a correr. Pero ¿dónde ponerse a salvo? El arroyo había quedado muy lejos... ¡Los aromos! Sí, ¡los aromos! Si lograba llegar, y treparse...

Tere no se sabía capaz de correr tan rápido; pero el toro, enfurecido, ganaba terreno. El trote y los bufidos se oían más cerca.

Aterrada, miró hacia atrás: sin ver dónde pisaba, tropezó. Ya tenía al toro casi encima. Creyó sentir el aliento de la bestia en su espalda y se acurrucó, esperando lo peor...

Pero...

El toro no la tocó.

En cambio, hubo un golpe violento y un relincho desafiante. ¡El alazán! ¡El alazán le había salido al cruce al toro para voltearlo con un tremendo pechazo!

Por un instante, Tere tuvo ganas de vivar o aplaudir. Pero todavía no era momento para festejos; se paró de un salto, corrió más rápido aún y no se detuvo hasta llegar a la copa del aromo más alto.

El potro aprovechó el mareo del toro, que intentaba incorporarse, y galopó como una flecha hacia Tere.

El toro ya estaba de pie. Ahora su furia se dirigía a ese caballo que había tenido la osadía de derribarlo. Ya lo iba a perseguir, cuando Capitán entró en escena.

Saltó, ladró, gruñó, mordió los garrones. El toro no sabía por dónde encarar a ese perro. ¡Si parecía que una jauría entera le daba batalla!

Mientras tanto, el potro alcanzaba los aromos. Teresita se descolgó sobre su lomo, y arrancaron patitas para qué las quiero.

Capitán los vio lejos y a salvo, y entonces suspendió el ataque y corrió tras ellos. Dejó al toro confundido y sin adversarios con los que desquitarse.

En un cuadro vecino, pasado el peligro, Teresita desmontó. Sintió temblar todo su cuerpo; liberó la tensión en un llanto incontenible, que se aflojó en un abrazo al alazán, mientras Capitán le hacía fiestas, excitado. Por fin, las lágrimas se volvieron sonrisas y gratitud a sus dos fieles amigos.

Los tres se quedaron allí un rato largo, quietos, cansados y muy juntos. De ese modo especial que conocen los chicos, los perros y los caballos.

| 12

Era uno de esos días en los que parece que no puede suceder nada malo. Una brisa constante suavizaba el sol, y no hacía demasiado calor.

Un día ideal para salir de "picnic". Teresita preparó una supertorta especial. Con ayuda de la abuela, claro.

Y los cuatro fueron a cabalgar y a divertirse. Los perros y Perico los siguieron. Primero, al arroyo, ahora seguro: el abuelo había hecho encerrar al toro. Nadaron, corrieron por la orilla y luego se tendieron a almorzar bajo un cielo de panaderos.

Después de los sándwiches, la torta. Pero no pudo ser. Porque, sin que los chicos lo advirtieran, el alazán fue a investigar qué era aquella cosa redonda y blanca como un terrón de azúcar gigante. La probó, le gustó... y, cuando Teresita fue a buscarla, sólo encontró unos cuantos restos y un caballo sinvergüenza con el belfo[61] cubierto de crema.

Los chicos hicieron como que lo retaban; pero ellos y el mismo alazán sabían que, si al potro se le hubiera ocurrido comerse sus camisas, se las habrían dado sin problemas.

Luego, cruzaron un viejo camino de tierra y se metieron en campo abierto, en un cuadro donde había ñandúes.

---

61 Labio del caballo.

Los varones trataron de bolear[62] alguno, pero no hubo caso. Los grandes pajarracos estaban acostumbrados a los intentos de los chicos y sabían gambetear las boleadoras.

Por fin, llegaron a la laguna. Martín los guió a través de los juncales, sin hacer ruido, a un sitio oculto desde donde se veían las garzas blancas de largos picos puntiagudos, patos de varias clases, biguás[63] de cuellos flexibles y negras gallaretas con picos amarillos. Los chicos espiaron sus movimientos, escucharon sus extrañas voces y admiraron los dibujos del sol en el agua. Había algo mágico allí, algo inasible como el viento que ondeaba los juncales.

Felipe lo supo. Teresita lo adivinó. Martín, junto con ella, lo compartía. Él conocía desde muy chico esa magia de la naturaleza. No sabía expresarla, simplemente la vivía. Casi sin darse cuenta, él y Teresita se encontraron sonriéndose, contentos de estar juntos en ese instante y, tal vez, se hubieran dicho algo, si no hubiera sido por la mirada burlona de Daniel.

Era la hora en que el sol comienza a pintar de rosa el horizonte, y los chicos emprendieron el regreso.

Aquel día de luz y descubrimiento iba a terminar con una desgracia.

A la vuelta, Pichi, el basset, se atrasó persiguiendo a una tucura[64] saltarina. Llegó solo a cruzar el camino, apurado por alcanzar a los demás.

No advirtió que venía un coche.

—¡PICHI!

---

62 Cazar con boleadoras.

63 Pájaro negro, que nada asomando solamente el cuello y la cabeza fuera del agua.

64 Especie de langosta.

El grito horrorizado de Teresita llegó tarde.
En medio de la ruta, el cuerpo del perrito yacía sin vida.

Lo enterraron con el sol poniente, en una lomita cercana a los durazneros. Martín y Daniel hicieron una cruz tosca con dos ramas y la plantaron sobre la pequeña tumba.

Se quedaron un tiempo inmóviles, en silencio. A unos pasos, el abuelo abrazaba los hombros de Teresita, y Felipe le tomaba la mano.

La niña recordó que, una vez, el abuelo les había contado sobre Trapalandia, un paraíso para los animales, y quiso creer que su perrito tonto y buenazo estaría allí.

Permanecieron en el lugar hasta que se asomaron las primeras estrellas y el cielo tomó ese azul incierto que precede a la noche. Y, como asociado a su tristeza, comenzó a cubrirse.

El abuelo inició el regreso a la casa, Teresita a su lado. Los varones los siguieron.

A mitad de camino, se encontraron con Sebastián.

—Patrón, la Felisa está por parir —anunció, preocupado—. Y anda con problemas.

Sebastián había llevado la yegua a un establo para protegerla de la lluvia.

Los chicos pidieron presenciar el nacimiento. El abuelo les explicó que tomaría su tiempo; podían pasar la noche en vela. Pero ellos insistieron. Querían ver al potrillo.

El abuelo dudó. Podía nacer muerto, o tal vez la yegua... Para Martín sería un poco triste, pero apenas un incidente, estaba acostumbrado a ver morir animales. Y los chicos

sabrían tomarlo. Lo preocupaba, en cambio, Teresita: otro golpe podía ser muy duro. Claro que, si todo salía bien... Y la chica era valiente, al fin.

Los dejó. Se instalaron en el establo, con un farol de querosén.

Esperaron.

Fue una espera larga, tensa. El potrillo no llegaba.

Afuera, comenzó a llover. Una lluvia fina que repiqueteaba en el techo del establo.

Sebastián permanecía junto a la yegua, listo para cualquier eventualidad.

Felipe ya cabeceaba, cuando la voz grave y serena del capataz lo despabiló.

—Ya viene...

Los chicos aguantaron la respiración. Teresita se arrimó al abuelo.

Sebastián les indicó con la mano que no se acercaran.

Y, entonces, poco a poco, primero hocico y manitas, el potrillo apareció.

Teresita miró con aprensión, pero un gesto de Sebastián la calmó. Todo iba bien.

El pequeño terminó de salir, el cuero húmedo, y, todavía echado, fue a buscar su primera comida. Era un potrillo, nomás. Negrito, con una estrella blanca en la frente.

Los chicos tenían ganas de gritar, aplaudir o saltar de alegría; se limitaron a darse la mano o abrazarse en silencio. Teresita lloraba, sí pero, esta vez, de contento.

Al cabo de un rato, torpe sobre sus patas desproporcionadas, como un chico con zancos, tropezando y después de varias caídas, el potrillo se paró.

—¿Qué nombre le vas a poner? —preguntó Daniel a su hermana.

No lo pensó mucho.

—Pichi.

—Es un nombre de perro —observó Felipe.

—Es un buen nombre —dijo el abuelo.

Y se fueron a dormir bajo la llovizna leve, llevándose consigo el fresco aroma de la tierra mojada.

13

Cerca del fin de las vacaciones, el abuelo compró unas vaquillonas y dispuso un arreo[65] para marcarlas[66] con los terneros nuevos.

Martín y Daniel participaron. Polvo, mugidos, argolla, rebenque, gritos.

Daniel llevó el alazán, y no hicieron mal papel. Todavía intentaban hacer pasar las reses por una tranquera, cuando Sebastián se llegó hasta él.

—Daniel —aconsejó—, tu alazán es guapo, pero entuavía no tiene boca pal rodeo. Sería una lástima que se manque, o te pegue una rodada. Mejor traete el Oscuro o el Tostao.

Daniel lo consideró.

—Tenés razón, Sebastián. Gracias.

Y fue a cambiar de caballo.

—¿Ande vas, gringo? —le gritó Martín, al vuelo—. ¿Te achicaste?

—¡Tu abuela! —retrucó Daniel, riendo.

El chico llevó el alazán a un potrero, le sacó los arreos y lo soltó.

—Quedate aquí, chiquito, después te vengo a buscar.

El potro saludó la partida de Daniel con un relincho.

---

65 Conducir a los animales a determinado lugar.

66 Hacer una marca en el ganado para indicar posesión y/o comercializarlo.

El muchachito tuvo que quedarse un rato mirándolo, antes de regresar al rodeo. Daba gusto verlo correr, potente, veloz, crines en libertad. Al fin, montó al Oscuro y se alejó.

El alazán retozó un poco y se dedicó a buscar pastos tiernos. Hasta que un relincho familiar le hizo parar las orejas. En un cuadro cercano, pastoreaba su tropilla.

El potro sintió la necesidad atávica[67] de reunirse con los suyos. Había alambrados de por medio, pero ¿qué eran para él?

Picó, tomó envión y pasó por encima del cerco sin rozarlo siquiera.

Una por una, marcaron a las vaquillonas en la manga[68]; Sebastián le prestó a Felipe el hierro para los terneros.

Con un gran asado, culminó el trabajo. A los postres, los chicos decidieron impresionar a los invitados con una pequeña exhibición de salto. Daniel fue de una corrida a buscar al alazán.

No tardó en aparecer. En el Oscuro. Lo sofrenó frente a todos, desmontó de un salto y corrió hacia el abuelo, agitado.

—¡Tatita, el alazán no está! ¡Desapareció!

—¿Cómo? ¿Qué decís?

Martín abandonó su postre.

—¿Qué pasó, Daniel?

—No sé, ¡no está donde lo dejé!

—¿Estás seguro? ¿Te fijaste bien?

---

67 Que lleva a mantener las costumbres y el estilo de vida de los antepasados lejanos.

68 Senda formada por dos paneles de madera y dividida por varias puertas corredizas. En la última de esas divisiones, el animal queda inmovilizado, ya sea para marcarlo o para curarlo.

—¡Sí, segurísimo! ¡Algo le debe haber pasado!

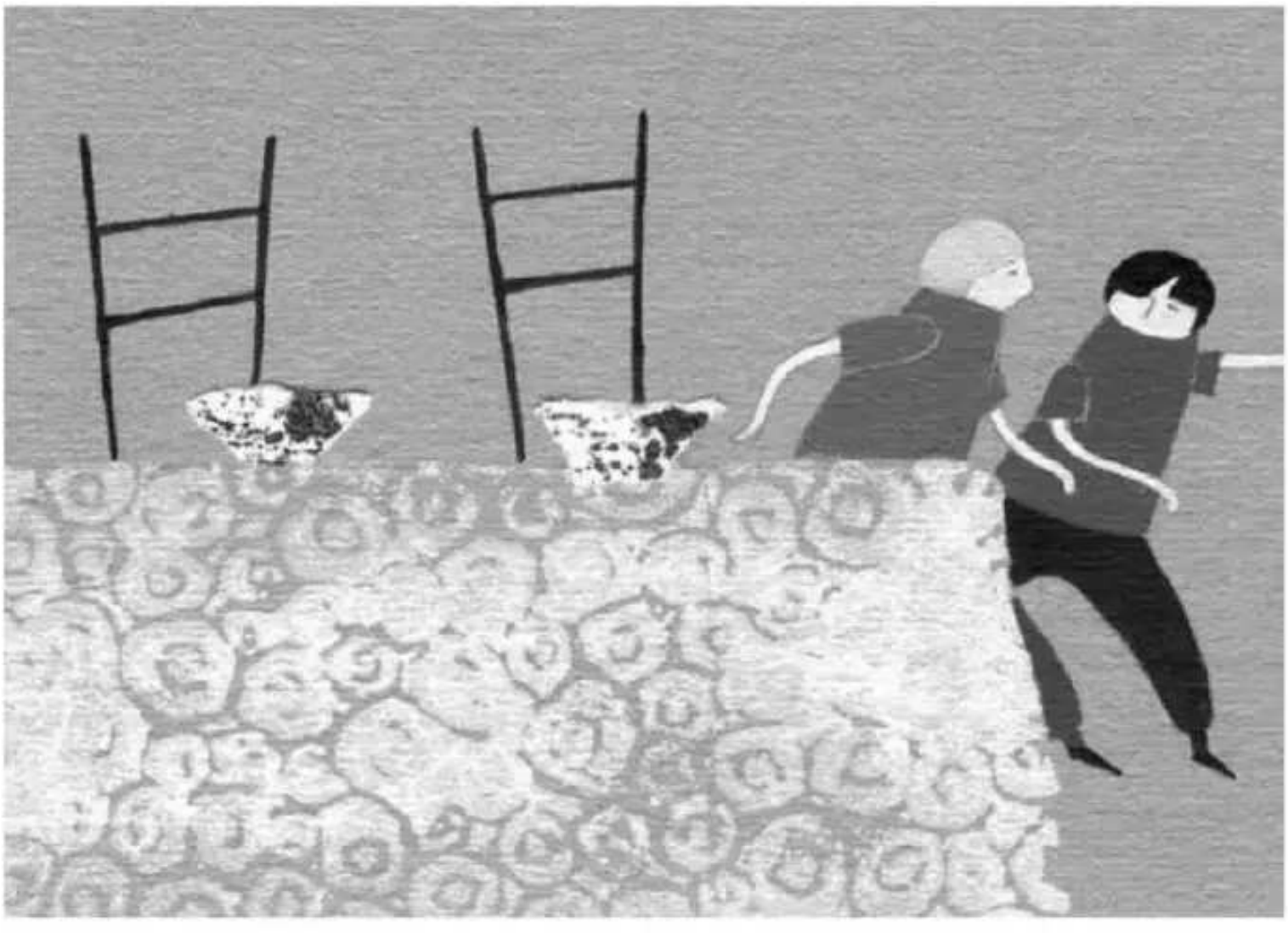
Sebastián se aproximó también, interesado y preocupado.

—Tranquilo, Daniel —aconsejó el abuelo—. Ustedes le habían enseñado a saltar, ¿verdad? Probablemente, pasó la cerca y volvió con su tropilla.

—Después de comer, lo vamos a buscar. No se preocupen —agregó el capataz.

Generalmente, Martín y Daniel no bajaban de los tres platos de ensalada de frutas. Esta vez, no pudieron terminar el primero.

Durante varias horas, con ayuda de algunos comedidos, buscaron y rebuscaron por varios cuadros y... ¡nada! El potro no estaba con la manada ni en ninguna otra parte. Parecía que se lo había tragado la tierra.



A la tardecita, se reunieron en un punto prefijado. Una tormenta eléctrica acechaba al sur, anunciándose a coletazos de viento.

Nadie lo había visto.

Pero aún faltaba recorrer el lado oeste, los médanos, el monte de los aparecidos; y los chicos no querían renunciar.

—Ya no se puede hacer nada más por hoy —decidió el abuelo—. Mañana seguiremos buscándolo.

—Pero, tatita, todavía nos queda bastante...

—Déjenos seguir, patrón, nosotros lo vamos a encontrar —añadió Martín.

—Si el pobre está lastimado o algo, con esta tormenta...

—Razón de más para volver, Daniel. No quiero que se alarmen tu abuela y tu madre. Así que a casa, y no lo repito más. Los caballos saben cuidarse solos.

De mala gana, los chicos se reunieron con los demás.

Sebastián flanqueó al abuelo.

—Se me hace que los muchachos tienen razón... Algo le habrá pasado al potro.

—Sí, Sebastián, yo también lo creo. Pero ¿qué podemos hacer?

| 14

Daniel no podía dormir. No conseguía ni quería apartar su mente del alazán; tantas cosas podían haberle pasado... Tal vez había rodado, se había mancado en una cueva de peludo, o quizás lo había atacado un padrillo[69]... El chico daba vueltas y más vueltas en la cama.

Al fin, se levantó y se asomó a la ventana con la secreta esperanza de verlo aparecer. ¡Para qué! Afuera no había más que campo vacío y el perfil alto del molino, las aspas quejándose del viento.

De pronto...

Un chajá.

Pero no era un chajá.

Daniel buscó el sonido. En el palenque, esperaba el Oscuro, ensillado. Y a su izquierda...

—¡Martín! —Daniel bajó la voz, a un gesto del peoncito—. ¿Qué hacés?

—Voy a campear[70] al alazán. ¿Venís?

—¡Y todavía me lo preguntás!

—No pude conseguir otro pingo pa'vos, así que vamo'a tener qu'ir enancaos —informó Martín mientras su amigo se vestía apresuradamente.

---

69 Caballo padre, semental.

70 Buscar animales o personas en campo abierto.

—No importa.

Felipe se sentó sobre la cama, medio dormido.

—¡Martín! ¡Daniel! ¿Qué van a hacer?

—Nos vamos a buscar al alazán.

—¡Pero es tardísimo! Si tatita se entera...

—Sí, ya sé, ¡pero tenemos que ir! En una de esas...

Daniel se interrumpió, temiendo imaginar el destino de su caballo.

—¡Quiero ir con ustedes! —dijo impulsivamente Felipe.

—¡Tás loco! —saltó Daniel.

—No se puede —agregó Martín—. Tenemos al Oscuro, nomás.

—Está bien, me quedo —aceptó Felipe, de mala gana.

Daniel se agachó junto a la cama de su hermano.

—Felipe, si tatita te pregunta, vos no sabés nada, estabas durmiendo.

Felipe asintió en silencio, conmovido.

—Hasta luego...

—¡Chau! ¡Y suerte!

Daniel terminó de vestirse y salió por la ventana. Felipe los miró fascinado, la nariz contra el vidrio, hasta que el Oscuro se perdió en la noche negra como la tormenta que pendía sobre ellos.

El chico elevó los ojos al cielo.

—Que no les pase nada, por favor...

Martín y Daniel iban a campear todo el terreno que no habían recorrido a la tarde, mal ayudados por la luna remisa y ahogada por las nubes.

Una y otra vez, silbaron y llamaron al alazán.

Sin respuesta.

El viento se hacía cada vez más huracanado y se tragaba sus voces.

No, en los médanos no estaba. Solo quedaba un lugar.

El monte de los aparecidos.

Cuando llegaron, un relámpago iluminó el bosque de punta a punta.

Les pareció más intrincado y espeso de lo que suponían.

Meterse ahí en una noche de tormenta...

Un trueno sacudió la tierra. El Oscuro, que era algo asustadizo, caracoleó un poco. Martín lo tranquilizó.

—No puede estar en otro lado —dijo Daniel, como para convencerse.

Se apearon. Martín desató el lazo que llevaba en la montura y lo prendió de su cinto.

Un rayo súbito, muy cerca, espantó al caballo, que huyó sin dar tiempo a que Martín lo maneara.

Impotentes, los chicos se volvieron hacia el monte. Había que entrar.

Se pusieron en marcha vacilantes, muy cerca el uno del otro, tratando de no apartarse. Se fueron adentrando con dificultad, poco a poco, alumbrándose con los relámpagos para buscar restos de antiguas sendas y eludir los matorrales espinosos y las ortigas. El monte se cerraba tras ellos, como un ser monstruoso que pretendiera hacerlos suyos, guardarlos en sus entrañas.

Hasta el viento tenía un sonido diferente allí. Tal vez, debido a la forma de los árboles, a las construcciones

enmohecidas que los chicos empezaban a recorrer con precaución.

Pero no. Había algo más, algo que formaba parte del viento, pero estaba hecho de antiguos sonidos perdidos y sepultados en las ruinas, y que ahora, al influjo de la tormenta, revivía.

Porque si uno escuchaba con atención, adivinaba un eco lejano de cascos de caballos, remotos alaridos, disparos y crepitar de llamas. ¿O era solo el viento?

—Mirá, Daniel... —balbuceó Martín. Los chicos se abrazaron.

Había algo más allá de las ruinas. Parecía... sí, parecía la silueta de un jinete sobre un caballo negro, que señalaba hacia el corazón del monte. Los chicos intentaron aguzar la vista y, entonces, la silueta se esfumó.

Claro que costaba mucho distinguir formas en esa oscuridad; y quizás solo se trataba de una combinación caprichosa de sombras, troncos y follaje.

Los dos no necesitaron hablar. Les bastó una mirada para saber que habían visto o creído ver lo mismo.

Si era cierto, había apuntado en una dirección. Los chicos, siguiendo su instinto, avanzaron hacia allí.

Cerca del monte, cayó otro rayo.

Carmen se movía en la cama junto a su marido, inquieta, perturbada por un sueño desagradable. Algo le sucedía a Martín, y ella no podía ayudarlo.

De repente, el resoplido de un caballo vino a buscarla.

Carmen despertó.

Fue hasta la puerta.

Afuera, iluminado por un relámpago, el Oscuro esperaba, ensillado.

Carmen presintió. Y enseguida supo. Corrió al cuarto de Martín para hallar la cama vacía.

—¡Sebastián!

Los abuelos, en ropa de cama, confrontaban a un lloroso Felipe, acompañados por Carmen y Sebastián.

—¡No sé, tatita! —insistía el chico—. ¡No sé nada!

El abuelo trataba de convencerlo.

—Felipe, si Daniel te hizo prometer que no hablarías, eso no te obliga.

Teresita había entrado en el cuarto, atraída por las voces. Paulatinamente, fue comprendiendo lo que pasaba y comenzó a angustiarse también.

La abuela se sentó frente al chico, le acarició el pelo y le tomó el mentón.

—Felipe, por favor. Corren peligro, y muy serio. El Oscuro volvió solo. No sabemos qué pudo...

—¿Cómo? —exclamó Felipe—. ¿El Oscuro volvió solo?

—Sí, hijo, ¡sí!

La respuesta de Felipe salió al instante, atropellada, como un torrente.

—¡Se fueron como a la una, ¡iban enancados y salieron para allá!

Segundos después, el abuelo, Sebastián y Felipe arrancaban en un jeep. Las mujeres los vieron partir desde la puerta.

Sebastián manejaba como un enajenado, mientras el abuelo y Felipe escudriñaban lo mejor que podían el campo iluminado por las luces altas.

Las primeras gotas comenzaron a caer.

También alcanzaron a Daniel y a Martín, internándose en la espesura del monte.

Y en eso...

Un relincho débil llegó hasta los chicos.

Los dos apretaron el paso, sin fijarse dónde pisaban, apartando ramas y arbustos que les salían al encuentro.

La lluvia arreciaba.

Los chicos corrieron.

Allí, a unos metros, un nuevo relámpago lo iluminó, atascado en un guadal[71].

¡El alazán!

Los chicos, a la carrera, sortearon el barro y alcanzaron al potro, que, al verlos, empezó a hacer esfuerzos desesperados por salir. Pero tenía medio cuerpo bajo el barro, y era inútil.

—Te vamos a sacar, bonito.

—¡Ya va, no hagás juerza todavía!

Martín desenrolló el lazo rápidamente y anudó una punta al cuello del caballo.

Enseguida, aseguró la otra a un tronco y, con la ayuda de Daniel, comenzó a tirar.

—¡Juerza, pingo! ¡Vamos, potro!

---

71 Ciénaga, terreno blando y movedizo.

Animado por los gritos, el potro intentó pararse.

Martín y Daniel tiraron y tiraron hasta lastimarse las manos.

El potro empujó y empujó.

Y, al fin, cuando las fuerzas de los tres aflojaban, el alazán pegó un violento envión.

Las patas delanteras quedaron en libertad.

Martín y Daniel volvieron a tirar, y los vasos del potro ganaron terreno más firme.

Asentado, bastó otro fuerte cimbronazo para sacarlo completamente del barro.

Martín y Daniel cayeron sentados. El porteño aterrizó en una ortiga, así que se paró enseguidita.

Luego examinaron al caballo como pudieron, los ojos ya habituados a la oscuridad. Solo tenía una pata un poco magullada; no le impediría caminar.

Olvidando la lluvia torrencial que los bañaba hasta lavarles el barro, los dos chicos acariciaron el pelo mojado de su caballo, ese alazán simpático y mañero que tanto les había dado.

Un nuevo rayo les devolvió la realidad. Prácticamente, hizo cenizas un viejo tronco cercano.

—¡Tenemos que salir de aquí! —exclamó Daniel.

Los dos empezaron a abrirse paso entre los matorrales, llevando al potro del lazo, cabestro improvisado.

Tras ellos, el aguacero iba apagando el fuego.

Teresita no podía desviar la vista de la tormenta, poderosa, imponente: un cielo enfurecido que baldeaba el campo, lo encendía con relámpagos y lo golpeaba con rayos y truenos. El campo donde ahora estaban su hermano y Martín. Quién sabe en qué lugar. Quién sabe cómo.

Sintió la presencia de la abuela a sus espaldas.

La anciana le tocó suavemente el hombro.

Teresita la tomó de la mano, y se comunicaron el calor necesario...

Martín, Daniel y el alazán llegaron hasta las ruinas. Daniel se detuvo y tomó el brazo de su amigo.

—¡Martín! —tuvo que gritar para hacerse oír en el estrépito de truenos y viento—. ¡Metámonos en la casa vieja!

Martín miró el antiguo caserón con un escalofrío.

—¡Mejor no, Daniel!

—¡No me digas que tenés miedo de los aparecidos!

—No, pero... ¿y si se cae?

—¡No creo! ¡Esto aguantó más de cien años! ¡Y adentro está seco! Bueno, ¡más o menos!

Sí, Daniel tenía razón.

Los dos empujaron adentro al alazán, que no tenía demasiadas ganas, y se dispusieron a seguirlo.

Pasó entonces. En un segundo.

Una cornisa agrietada, directamente sobre los chicos, había recogido más agua de la que podía soportar. Precisamente cuando Daniel se paró en el zaguán, cedió con un crujido, arrastrando parte del techo y la pared. Martín lo advirtió en

un golpe de vista. Como un gato, se estiró y empujó a Daniel para ponerlo a salvo. Pero ocupó su lugar.

Una cascada de piedras y argamasa cayó sobre él.

Daniel, algo atontado, se puso de pie de un salto.

Inmóvil, de espaldas, su amigo tenía las piernas sepultadas bajo una montaña de escombros.

El jeep pasó cerca del monte de los aparecidos.

—¿No se habrán metido ahí, abuelo? —sugirió Felipe.

—No lo creo —dijo el abuelo—; ellos saben que sería una imprudencia, con esta tormenta. Vayamos primero a los médanos.

Y siguieron de largo.

Daniel apoyó la cabeza en el pecho del gauchito. ¡El corazón de Martín latía! ¡Estaba desmayado, nada más!

—Tenemos que sacarlo, pingo. ¡Vamos!

Daniel comenzó a remover piedras bajo la mirada curiosa del potro.

Hasta que dio con un bloque demasiado pesado para sus fuerzas, que aprisionaba las piernas de Martín a la altura de las rodillas. No, por más que empujara, no lo podría mover.

¡Pero estaba el alazán! Daniel ató rápidamente una punta del lazo a la piedra y azuzó al potro para que tirara. El alazán obedeció, aunque le costaba afirmarse... Y un tramo del lazo se estaba por romper.

—¡Vamos, pingo, vamos!

El alazán siguió cinchando.

El lazo se deshilachaba.

—¡Dale, alazán! ¡Dale que lo sacamos! ¡Noo!

El lazo se había roto.

Desesperado, Daniel se arrojó sobre la piedra y empujó con toda su alma.

Nada. Imposible mover ese bloque. Martín iba a desangrarse, ¡y él no podía hacer nada! Abrazado a la piedra, Daniel lloró su impotencia.

De pronto, el alazán relinchó, nervioso. Daniel sintió un sonido extraño, diferente del de la tormenta. ¿Qué era eso? Golpes secos, regulares. Como si alguien caminara dentro de la casa. Sí, parecía un ruido de pasos. Pasos enérgicos, duros. Los pasos de un hombre fuerte y alto calzado con un par de botas.

El alazán tenía la vista fija en algo. Pero no volvió a relinchar.

El ruido había cesado.

Son mis nervios y la tormenta, pensó Daniel. ¡Dios mío, si pudiera sacar a Martín! El chico volvió a inclinarse sobre la piedra, sabiendo que el esfuerzo sería inútil.

Y entonces...

Alguien empujó con él.

La piedra se movió.

Daniel sabía que él no había sido. Ni el alazán, exhausto, contra la pared. No se había acercado.

Una fuerza invisible empujaba junto a él, algo como... ¿dos brazos muy fuertes?

Ahora el bloque se despegaba del suelo y caía a su lado con un golpe sordo.

¡Las piernas de Martín estaban libres!

Daniel perdió la noción de todo lo que lo rodeaba, inmediatamente, arrastró a su amigo dentro de la casa. La pierna izquierda del criollito sangraba bastante, como lo había supuesto, un poco debajo de las rodillas. Rápidamente, Daniel se quitó la camisa, la cortó en tiras y lo vendó.

—Se va a poner bien, alazán, ¿sabés?

El caballo lo miró con sus grandes ojos mansos como para reconfortarlo.

Daniel se quedó de rodillas junto a Martín, esperando que despertara. Entonces, miró hacia el monte. Y allí estaba.

La figura incierta, confundida entre los árboles y la noche, lo saludaba con la mano antes de desaparecer.

Claro que podía ser solamente una rama agitada por el viento.

Muy dentro de él, Daniel supo que no. No era una rama.

—Gracias..., ¿capitán Sosa?

Ya no había sombras afuera. Solo oscuridad.

La tormenta sacudía el monte como para arrancarlo de cuajo.

15

Amanecía. La tormenta había pasado, como una pesadilla.

Dentro del jeep, desvelado, ojeroso, Felipe seguía buscando señales de los chicos. Miró hacia un bajo. Algo se movía allí...

—¡Tatita! ¡Mirá!

El abuelo siguió el dedo de Felipe. Ahí, confundidos con la luz del sol naciente, un cuerpo grande y dos más pequeños caminaban con lentitud.

—¡Sí! ¡Son ellos! —confirmó el abuelo.

—¡En cuanto lo agarre al mocoso este...! —la amenaza de Sebastián no pudo ocultar la alegría que casi le sacaba lágrimas de los ojos rasgados.

Daniel venía sosteniendo a Martín para que no tuviera que apoyar la pierna herida; ninguno podía montar al alazán lastimado, que los seguía mansamente.

Vieron el jeep. Se detuvieron. Daniel empezó a reír, y Martín lo siguió. La risa empezó tímida, vacilante, y se hizo sonora y jubilosa como la mañana.

Cuando el abuelo y Sebastián los alcanzaron, el reto que traían se acabó antes de empezar.

No pudieron decir nada. Cada uno abrazó a su chico. Bien fuerte.

Daniel, en el límite de su resistencia, intentó explicar algo al abuelo. No pudo. Agotado, se desplomó en sus brazos.

Cuando despertó, se encontró con sus padres a los pies de la cama. Habían venido en cuanto se enteraron. Un poco más atrás, Martín, los abuelos, Teresita, Felipe y Carmen. Todos con aspecto de haber dormido poco y con mucha felicidad en los rostros fatigados.

Después de la sorpresa y los primeros saludos, Daniel se acomodó en la cama. El sol se metió por la ventana a calentarle la cara y a hacer más blancas unas sábanas de nieve.

Se volvió hacia Martín.

—¿Cómo estás, socio? ¿Y esa pierna?

—Unos cuantos puntos, nomás. Acá tu abuelo el dotor dice que si no es por tu venda, podría haber sido muy fiero.

Daniel sonrió.

—Y si no es por vos... —Y apretó con cariño el brazo del amigo. De repente, cambió de tono para exclamar—: ¡Che, tengo hambre!

Todos rieron.

—¡También! —dijo la abuela—. ¡Dormiste dos días!

—Vos, con tal de no levantarte temprano... —bromeó Tere.

Daniel volvió a sonreír. Y entonces, se le ocurrió preguntar:

—¿Y el alazán?

La ventana se abrió de par en par. Y, desde afuera, Sebastián hizo entrar la cabezota del potro, que, como de

costumbre, frotó el hocico en el pecho de Daniel. El chico, encantado, invitó a Martín con un gesto, y su "socio" se le unió en una prolongada caricia al alazán. El potro de los dos.

Y el verano se cerró como un libro, para quedarse con ellos.

Actividades para comprender la lectura

1. Describan a los siguientes personajes de la novela. ¿Cómo son físicamente? ¿Cómo es su carácter? Agrúpenlos por edades. ¿De qué otra manera podrían reunirlos?

Daniel · Martín · el abuelo · la abuela · Teresa · Felipe · Sebastián · Carmen

2. Comparen los personajes de Martín y Daniel. ¿Qué cosas tienen en común? ¿Qué diferencias hay entre ellos?

3. En algunos pasajes, el narrador presenta al alazán como si se tratara de una persona. Busquen esos pasajes en la novela y anoten las características humanas que se le atribuyen al animal.

4. ¿Qué conflicto enfrenta la relación de Martín y Daniel en los primeros capítulos? ¿Cómo se resuelve ese conflicto en el capítulo 6?

5. Relaten dos de los episodios en los que interviene el alazán de Martín y Daniel.

6. Relaten un episodio de la novela en el que se muestre el cariño del abuelo por sus nietos, y otro donde se dé a entender su severidad.

7. ¿Cómo es la relación de Felipe con la naturaleza? Busquen y resuman los pasajes de la novela donde se alude a este asunto.

8. ¿En qué época del año transcurren los hechos que se relatan en la novela?

9. ¿Qué había sucedido en el monte de los aparecidos en el siglo XIX?

10. ¿Qué hechos extraños se narran en los capítulos 7 y 14? ¿Cómo los interpretan los personajes? ¿Ustedes creen que se trata de fenómenos sobrenaturales? ¿Por qué?

11. En esta lista aparecen algunas situaciones importantes de la historia. Numérenlas según el orden que tienen en la novela:

- ☐ El alazán aprende a saltar.
- ☐ El abuelo cuenta la historia del monte de los aparecidos.
- ☐ Martín y Daniel salen de noche a buscar al alazán.
- ☐ El alazán salva a Teresa del ataque de un toro.
- ☐ Martín y Daniel encuentran al alazán en el monte de los aparecidos.
- ☐ En enero, llegan los nietos del patrón a la estancia.
- ☐ Martín se enoja porque Daniel eligió el mismo alazán que a él le gustaba.
- ☐ Martín y Daniel desobedecen al abuelo, y los animales se escapan del corral.
- ☐ El abuelo y Sebastián rescatan a los chicos y al alazán.
- ☐ El abuelo levanta el castigo.
- ☐ Daniel le propone a Martín que el alazán sea de los dos.
- ☐ Daniel y Martín son castigados y no pueden montar el alazán por unos días.
- ☐ Daniel y Martín trabajan para componer el destrozo que habían hecho los animales.
- ☐ El alazán desaparece.
- ☐ Martín y Daniel doman al alazán.

12. A partir de la lista de acciones que ordenaron en la actividad anterior, escriban un resumen de la novela, en aproximadamente dos páginas.

13. Señalen los pasajes de la novela en los que se habla del lugar donde transcurren los hechos. Luego, describan ese lugar con sus propias palabras. Dibujen un plano aproximado de la estancia.

14. Busquen en la novela los siguientes episodios:

- el que les pareció más cómico;
- el que les pareció más triste;
- el que les dio más miedo.

Vuelvan a contarlos con sus propias palabras.

Actividades de producción de escritura

1. Escriban una carta.

Elijan algunas de las siguientes situaciones y escriban la carta que se menciona:

a. Felipe le escribe a un amigo y le cuenta acerca de la calandria y del cordero Perico.

b. Teresa le escribe a una compañera de la escuela y le cuenta el episodio del toro.

c. Después de las vacaciones, Martín le escribe a Daniel para contarle cómo está el alazán.

d. El abuelo les escribe a los padres de los chicos para contarles que tuvo que castigar a Daniel y a Martín.

2. Escriban un retrato.

Elaboren una descripción del alazán de Martín y Daniel. Además de la descripción física, pueden incluir alguna anécdota protagonizada por él.

3. Escriban sobre sus animales.

¿Cuál es el animal preferido de cada uno de ustedes? Cuenten una aventura en la que el protagonista sea ese animal.

4. Escriban un cuento.

El monte de los aparecidos está lleno de historias extrañas. Elijan una de las siguientes propuestas de escritura:

a. Imaginen y escriban otro episodio que podría haber ocurrido en el monte de los aparecidos.

b. Hagan de cuenta que son periodistas y escriban una nota sobre el monte de los aparecidos para el diario del pueblo.

5. Escriban una receta.

En la novela, la abuela es una buena cocinera. Resuelvan las siguientes actividades:

a. Busquen y copien la receta de la carbonada.

b. Busquen y copien recetas de otras comidas criollas (empanadas, locro, puchero, mazamorra, tortas fritas, dulce de leche).

c. Entre todos, armen el recetario de la abuela y escriban una introducción para explicarle a un turista extranjero cómo es la cocina criolla.

6. Escriban y narren una historia de misterio.

Escriban una historia de misterio para contar junto a un fogón nocturno. Luego, relátenla ante sus compañeros en forma oral.

7. Escriban un diálogo.

La novela termina con una aventura muy accidentada: la búsqueda nocturna del alazán. Escriban un diálogo, con estructura de texto teatral, en el que Martín y Daniel les cuenten esa aventura a Teresa y a Felipe.

8. Confeccionen un diccionario.

A lo largo de la novela, aparecen algunos dichos característicos del habla rural. Averigüen en qué circunstancias se emplean los siguientes y explíquelos como si fuera un diccionario:

Como perro en cancha de bochas:

Donde el diablo perdió el poncho:

Por el nido se conoce el pájaro:

Se alborotó el avispero:

Cargar con el perro muerto:

Actividades de relación con otras disciplinas

Ciencias Naturales

Investiguen y escriban informes.

1. Investiguen sobre el ambiente natural en el que tienen lugar los hechos de la novela: la llanura pampeana. Luego escriban un informe. Tengan en cuenta los siguientes aspectos:

- relieve;
- clima;
- tipo de suelo;
- vegetación;
- fauna;
- actividades económicas.

2. En la novela, se relata el nacimiento de un potrillo. Busquen datos acerca del ciclo de vida del caballo y escriban un informe sobre el tema.

Ciencias Sociales

3. Investiguen y escriban un texto informativo.

Investiguen cómo se organizan las actividades en una estancia. Recuerden las que se mencionan en la novela (ordeñe, recolección de huevos, cuidado de animales y sembrados, doma, marcado del ganado, etcétera). Escriban un texto informativo con los datos que obtuvieron. Si es posible, complétenlo con el plano de una estancia.

4. Investiguen.

En el relato del abuelo acerca del monte de los aparecidos, se nombran episodios de la historia argentina que tuvieron lugar en el siglo XIX. Busquen datos acerca de esos acontecimientos y escriban un resumen.

Literatura

5. Lean el siguiente texto y resuelvan las consignas:

"El General Lucio V. Mansilla explica el amansamiento del caballo que le fue dictado por el Cacique Ramón: Nosotros no maltratamos al animal; lo atamos a un palo, tratamos de que pierda el miedo, no le damos de comer si no deja que se le acerquen, lo palmeamos de a pie, lo ensillamos y no lo montamos hasta que se acostumbre al recado, hasta que no sienta ya cosquillas; después lo enfrenamos. Por eso nuestros caballos son tan briosos y tan mansos. Los cristianos les enseñan más cosas, a trotar más lindo; nosotros los amansamos mejor."

Saubidet, Tito: Vocabulario y refranero criollo.
Buenos Aires, Guillermo Kraft, 1952.

a. Investiguen quién fue Lucio V. Mansilla. Hagan un resumen de su biografía y expliquen su importancia en la historia de la literatura argentina.
b. Señalen la relación entre lo que transmite Mansilla y lo que se cuenta en la novela.

Música

6. Confeccionen un cancionero.
El caballo es muy importante en las actividades del campo y está muy unido a los sentimientos de los habitantes de las zonas rurales. Busquen canciones folclóricas en las que se mencione a este animal. Luego, en grupos, compilen una antología.

ÍNDICE

El autor y la obra 5

| Capítulo 1 13

| Capítulo 2 15

| Capítulo 3 19

| Capítulo 4 27

| Capítulo 5 33

| Capítulo 6 37

| Capítulo 7 45

| Capítulo 8 53

| Capítulo 9 59

| Capítulo 10 69

| Capítulo 11 77

| Capítulo 12 85

| Capítulo 13 91

| Capítulo 14 97

| Capítulo 15 111

Actividades 115

27

n

autor

nacional

RODOLFO OTERO

El verano del potro

Daniel y Martín son dos chicos, como tantos otros, que aprenderán a compartir travesuras y emociones a lo largo de unas vacaciones inolvidables.

Una novela llena de dinamismo, ternura y suspenso, que relata el aprendizaje de los valores a través del contacto con el maravilloso paisaje de la llanura pampeana.